LA LECHUGUINA

PATÈTICA.

COMEDIA EN TRES ACTOS

EN PROSA.

ESCRITA POR ***

CON LICENCIA.

Madrid: Imprenta de Ortega y Compañía,

1827.

Vous à qui, cependant, j'ai consacré mes jours,
Muses, tenéz moi lieu de fortune et d'amours.

O Musas, cuyos favores
fueron mi ambicion mas alta,
suplid para mi la falta
de riquezas y de amores.

Metromania.

PERSONAS.	ACTORES.
Don Jorge.	*Sr. Antonio Campos.*
Doña Melitona.	*Sra. Josefa Ferrer.*
Doña Juliana.	*Sra. Agustina Torres.*
Don Lucas.	*Sr. Ramon Lopez.*
Don Ricardo.	*Sr. Pedro Cubas.*
Don Enrique.	*Sr. José García Luna.*
Gabriela.	*Sra. Teresa Baus.*
Doña Casimira.	*Sra. Vicenta del Rey.*
Doña Bernarda.	*Sra. Mariana Castillo.*
Doña Gertrudis.	*Sra. Rafaela del Rey.*
Un Aguador.	*Sr. Guillermo Fernandez.*

La escena es en Madrid.

El teatro representa una sala de récibo con mesa y espejo

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Don Lucas y Gabriela.

Lucas.

¿Gabriela?

Gabriela.

¡Señorito! ¡A las nueve de la mañana!

Lucas.

¿No sabes lo que pasó anoche?

Gabriela.

¿Riñeron ustedes..?

Lucas

¡Si reñimos! ¿No te ha dicho nada?

Gabriela.

Cuando la fui á desnudar, quise hablarla de usted, como hago siempre que encuentro ocasion, pero me respondió que la dejara en paz, y que no tenia humor de hablar. ¿Y porque fué?

Don Lucas.

¿Por que habia de ser? Por el huesped.

Gabriela.

¡Maldita sea su casta!

Lucas.

Figúrate que don Jorge se habia puesto á jugar al tresillo; doña Melitona se habia quedado dormida; las primas hablaban con los tertulianos; y yo empezaba á darle con la mayor sumision algunas quejas, cuando entra el señor huesped, con una carga de papeles de música.

Gabriela.

¡A Dios mi dinero!

Lucas.

Aunque estoy seguro de que me quedé mas blanco que la cera; aunque se me saltaron las lágrimas; y no hacía mas que decirle en voz baja, ¡por Dios! ¡por Dios! no hubo remedio, ni ella, ni su huesped hicieron ningun caso de mí; y este la cogió del brazo, y la sentó al piano.

Gabriela.

¡Pobre don Lucas!

Lucas.

Ya sabes que los dos rabian en lugar de cantar; porque en esta parte el cariño no me ciega. Julianita es un angel, yo la adoro, y si la pierdo me cuesta la

vida: pero tiene una voz de grillo, y canta lo mismo que un carro de Vizcaya.

Gabriela.

Dígamelo usted á mi.

Lucas.

¡Pues el otro no es cosa mayor! Cuidado, que de algun tiempo á esta parte, está uno acostumbrado á oir desentonar por esas calles y esos paseos; pero este les pone la ceniza en la frente á todos los verreadores de Madrid.

Gabriela.

¡Y lo bueno que tiene es, que no le gusta cantar! Está hablando con uno del asunto mas serio, y de repente pega un gorgorito, que no para un raton en toda la vecindad.

Lucas.

Hija, dos horas y media se llevaron ahullando. ¡Que arias! ¡Qué duos! No los resiste el mismo combidado de piedra, si se los encajan. Ya ella estaba ronca, y quería levantarse; pero el otro se empeñó en que habian de cantar la cachucha; y vuelta con ella, y dale....

Gabriela.

¡Asi le diesen á él con una mano de mortero!

Lucas.

Afortunadamente le pegaron un codillo á don Jorge, y él atribuyéndolo á los gritos, empezó á gruñir de largo y se acabó el concierto. Yo, que estaba reventando y ví la mia, tomé el partido de tu amo, y me desahogué.

Gabriela.

¿Qué dijo usted?

Lucas.

Mil blasfemias filarmónicas; que la música moderna era detestable; que nada me sonaba tambien como la gaita gallega... ¿Qué me se yó?

Gabriela.

¡Hombre de Dios! ¿Sabe usted lo que ha hecho?

Lucas.

Toma, decirle lo que no sentia; pero lo que mas la podia picar. Vengarme de su ingratitud.

Gabriela.

Si; pero nunca se lo perdonará á usted. ¿Y luego en que paró?

Lucas.

Se armó un disputon que parecia que se undia el mundo.

Gabriela.

¿Y el huesped?

Lucas.

Se sentó junto á don Jorge, empezó á preguntarle ¿como se jugaba al tresillo? y á darle consejos sobre lo que debia jugar; hasta que le hizo tirar las cartas y todos nos fuimos á recoger.

Gabriela.

¡Válgame Dios, que hombre!

Lucas.

El es la causa única de todos mis pesares. Antes que yo me fuese á mi tierra, Julianita apreciaba mi humilde obsequio, y yo deseaba únicamente acabar de arreglar mis asuntos para pedirla á sus padres. A mi vuelta me he encontrado con esta novedad.

Gabriela.

Tambien la Señorita merecia que le diesen tanto palo...

Lucas.

Eso no; si el otro le gusta mas.

Gabriela.

¿Qué le ha de gustar? ¡Aunque estuviera ciega! Un figura, ya viejezuelo, que no tiene por donde èl diablo le deseche.

Lucas.

¿Y como fue venir de huesped á esta casa?

Gabriela.

Ya ve usted; como mi amo es oficial de la contaduría del Marqués, parece que un tio de este conocia á don Ricardo, y sabiendo que estaba muy disgustado en la posada, se empeñó con don Jorge para que le recibiese en su casa en clase de huesped. Mi amo consintió en ello, por respetos al Marques, y este ha sido el motivo de venir aquí don Ricardo.

Lucas.

¿Y él es español?

Gabriela.

Hijo de Navalcarnero, y toda su familia tambien: pero desde muy niño salió de España y no ha vuelto á entrar hasta ahora; por eso no se sabe la lengua que habla.... Español, por de contado no es.

Lucas.

Eso está bien á la vista. ¿Y qué empleo tiene?

Gabriela.

El dice que es coronel, allá, creo que en Prusia; y que ha venido ahora á España con licencia.

Lucas.

Sea lo que quiera, lo cierto es que él ha venido á robarme el cariño de tu señorita.

Gabriela.

¡Otra te pego! ¿No le digo á usted que es un disparate pensarlo?

Lucas.

Pues muger, si no le quisiera, ¿por qué habia de hacer lo que hace?

Gabriela.

¿No la conoce usted? Por darse tono; porque él tiene todos los modales estrangeros; porque ha leido tantas novelas como ella; y como habla en algaravía, cuando ella no le entiende, se figura que le ha dicho una cosa muy elegante. Añada usted á esto que se llama Ricardo y usted se llama Lucas; que él la llama á ella Julia, y usted Juliana; que se viste lo mas afectado que puede ser, y usted con el mayor desaliño; que asegura que es coronel, y usted es un paisanillo; que se jacta de ser gran músico, y á usted no le gusta el piano, sino porque dá pie para separarse de la tertulia y ponerse á cuchichear con la señorita.

Lucas.

Yo no acabo de creer que ese hombre

sea coronel.

Gabriela.

Ni yo tampoco: y si lo es, es el coronel mas á la ligera que he visto en mi vida; porque ni tiene criados, ni uniformes, ni armas, ni mas equipage que una maleta llena de frascos y cajitas de carton.

Lucas.

¿Pero en la conversacion no se le conoce nunca que es militar? ¿No habla de las guerras en que ha estado, ni le vienen a visitar otros oficiales?

Gabriela.

Nadie le viene á ver, ni habla nunca de guerras ni de cosa militar: la única cosa que huela á militar, que le oido, fue ayer que me preguntó con mucho misterio, cuantas campañas tenia mi señorita.

Lucas.

¡No es mala pregunta!

Gabriela.

¡Figurese usted! ¿Pues qué, le respondí yo, piensa usted que doña Julianita ha servido al Rey?

Lucas.

No era eso lo que preguntaba, sino si tenia cortijos y haciendas rurales.

Gabriela.

Eso seria sin duda.... Pero aguarde usted, que me parece que la oigo. ¿ Quiere usted que le diga que está usted aquí?

Lucas.

No por Dios.... ¡Bonita se pondria! Lo que quiero es que la hables á favor mio, que me la desenojes, que le digas que me pesa tanto de lo que hice, que le pidas mil perdones por mi y le ofrezcas...

Gabriela.

Déjelo usted por mi cuenta. Todo se compondrá ó poco he de poder. ¡Jesus, aunque supiera armar mas enredos!...... Pero vayase usted, que viene.

Lucas.

A Dios ... Mira que confio en tí.

ESCENA II.

Doña Juliana y Gabriela.

Juliana.

¿Quién estaba hablando contigo?

Gabriela.

Uu pobre penitente que ha venido á llorar sus culpas, y hacer propósito firme de no volver á caer....... hasta la pai-

Gabriela.

Vaya, sosieguese usted, señorita.

Juliana.

Calla, calla, no me lo nombres; es un grosero, un malvado, un monstruo: pero ¿que quiere usted esperar de un hombre que se llama Lucas?

Gabriela.

¡Por Dios, señorita! Hágase usted cargo de que está muerto por usted, y cuando uno quiere asi, no es posible que aguante ..

Juliana.

¿Qué es lo que aguanta? ¿Qué motivo tiene para conducirse del modo qne se conduce?

Gabriela.

Lo cierto es que antes no se conducia así y nunca habia entre ustedes un si ni un no; pero desde que Dios nos trajo á casa al bueno de don Ricardo...

Juliana.

¡Ay, qué diferencia del uno al otro!

Gabriela.

¡Y tanta! El uno es un arrogante chico, y el otro parece una figura de linterna mágica.

Juliana.

Si, pero ¡qué diverso trato!.. ¡qué diver-

mera. (1)

Juliana.

¿Y tú le conoces?

Gabriela.

Si señora.

Juliana.

¿Quién es?

Gabriela.

Un mocito que trataba con una mocita para casarse con ella, y ha venido un diablo mas feo que picio á descomponerlos.

Juliana.

¿Qué, han reñido?

Gabriela.

Anoche mismo tuvieron una pelotera estrepitosa, que no le sale al pobre el susto del cuerpo en todo lo que falta de año.

Juliana.

¿Apostemos á que hablas de don Lucas?

Gabriela.

¿Pues de quién queria usted que hablase?

Juliana.

¿Y ese hombre ha tenido el atrevimiento de volver á esta casa?

---

(1) Aparte.

so temple de alma! don Lucas no sabe decir mas que, Julianita yo me muero por usted; me tiene usted loco; no puedo apartarla á usted un solo instante de mi pensamiento; sino se verifica pronto nuestra union me va á costar la vida;.... y otras patochadas semejantes.

Gabriela.

¿Y don Ricardo?

Juliana.

¿Ese?.. Ese no tiene punto de comparacion con nadie. Solamente por oirle decir, ¡Ah Julia!

Gabriela.

Solamente por no oirselo, y verle la cara que pone, me parece que no paraba yo hasta Filipinas.

Juliana.

Harias muy bien, pero á mi me sucede lo contrario; y asi hazme el favor de no hablarme nunca mal de él; y en cuanto á don Lucas, ni bien ni mal.

Gabriela.

Todavia no está madura la breva (1) Mudaremos de conversacion. ¿Señorita que libro es ese?

---

(1) Aparte.

Juliana.

Es una novela que me han prestado.

Gabriela.

¿Y cómo se llama?

Juliana.

Adelaida Tontikoff, ó los misterios del subterráneo de Kamskatka.

Gabriela.

¿Y á que se reduce?

Juliana.

Es la historia de una duquesa Rusa que se escapó de su casa con un espectro.

Gabriela.

¡Ay que cosa tan mona!

Juliana.

Ciertamente que es muy interesante.

Gabriela.

Y diga usted, ¿qué es un espectro?

Juliana.

Yo creo que es un esqueleto de un muerto, con una sabana echada por la cabeza.

Gabriela.

¡Arre allá! ¿Y dice usted que la duquesa se escapó con él?

Juliana.

Sí, ¡pero si vieras!....

Gabriela.

Quita, quita.

corsé mio sobre la mesa del cuarto de don Ricardo.

Gabriela.

¿Para qué?

Juliana.

El ciertamente habrá leido la novela, y se acordará del pasage.

Gabriela.

¿Y qué?

Juliana.

Verás tú lo que le inspira la vista de mi corsé. ¡Qué enagenado se pondrá! Estoy segura de que recibiré una carta suya que deje cien leguas atrás á la de su modelo.

Gabriela.

Y yo estoy segura de que no hará ningun caso del tal corsé.

Juliana.

¡Cuando conozca que es mio!

Gabriela.

¿Y en qué ha de conocerlo?

Juliana.

¿Puede equivocarse en eso un amante?

Gabriela.

¿Pues no ha de poder?

Juliana.

No digas simplezas ¿En fin me quieres hacer este favor ó no?

Juliana.

¡Era tan tierno, tan espresivo, tan respetuoso!

Gabriela.

Ni por esas.

Juliana.

A la verdad, la que leí la semana pasada era mucho mas bonita, aunque no fuera sino por un capìtulo....

Gabriela.

¿Qué capítulo?

Juliana.

Uno en que pintaba cuando el amante se encontró con un corsé de su querida. ¡Si vieras qué esclamaciones hacia sobre el corsé! Pero ahora se me ocurre una idea. Gabriela, ¿serás capaz de hacer una cosa por mí?

Gabriela.

¿Lo duda usted señorita?

Juliana.

¡Te lo estimaré tanto! ¡Será un favor tan grande!

Gabriela.

Déjese usted de eso. ¿Puedo yo negarme á nada de lo que usted desea?

Juliana.

Pues mira, yo quisiera que pusieras un

Gabriela.

Yo por mí no tengo inconveniente : ¡ es cierto que me costará mucho trabajo !

Juliana.

Pues vete á ponerle.

Gabriela.

¿ Ahora ?

Juliana.

Ahora mismo para que le encuentre cuando vuelva á casa.

Gabriela.

¿ Y cual corsé ha de ser ?

Juliana.

El que estrené el domingo pasado.

Gabriela.

¿ Aquel que le lastimaba á usted tanto ?

Juliana.

El mismo.

Gabriela.

Voy. Le quitaremos la ballena, no sea que con los estremos que haga se saque los ojos.

ESCENA III.

Doña Juliana.

Ahora que estoy sola, leamos otra vez la carta que escribo á Eugenia, por si

hay algo que corregir. (1)

"Si, querida Eugenia: tu carta me ha llenado de un entusiasmo sublime. Ya me estoy viendo reclinada sobre el césped de un jardin de la Siria, dando vista al lago Asfaltite, cuyas ondas alteradas por la ligera brisa del desierto, imitan con su murmullo suave el himno melancólico del angel de los sepulcros. La luna ruborosa, como la nueva desposada que deja por la primera vez el tálamo nupcial, introduce sus argentados rayos por las ramas de los cedros y sicomoros, y hiere mis pupilas bañadas en dulces lágrimas. Mi pecho palpita de gratitud contemplando el astro propicio á los amantes, y la risueña esperanza me dá á oler su perfumada rosa, difundiendo por mis venas un espiritu confortador. En este instante una suspension misteriosa se apodera de la naturaleza: los míseros humanos se sepultan en las poblaciones: el parlero habitante de la selva reposa al lado de su amada: el ruiseñor detiene aun sus brillantes gorgeos, y solamente los gemidos de los arroyos

(1) Lee.

y los suspiros de los céfiros, interrumpen la silenciosa calma del mundo...." ¡Pero ay de mi! ¡Siento pasos! ¡El es, él es sin duda! ¡Gran Dios, en qué situacion me encuentro! ¿Cómo podré ocultarle la turbacion de mi alma? ¿Cómo resistir á sus persuasivas suplicas? ¡Ay infeliz! ¡Ya llega! ¡Ya llega!.... ¿Sois vos, Carlos Grandison?

ESCENA IV.

Doña Juliana y el Aguador.

Aguador.

Non, señora, soy Turibio.

Juliana.

¡Ah que horror!

Aguador.

¿Qué dice?

Juliana.

¡Ah bárbaro, tú me has asesinado!

Aguador.

¿Eu?

Juliana.

Sí, tú, tú has destruido mi ilusion.

Aguador.

Lleve u demo si en toque á nada.

Juliana.

¿ Pero qué quieres ? ¿ Qué quieres ?

Aguador.

Dígame dunde he de botar el agua.

Juliana.

¡ Ah pérfido, y para eso me arrancas del lago Asfaltite !

Aguador.

Yo nu la entiendu.

Juliana.

Ni yo quiero que me entiendas, antrópófago : sino que te vayas al instante de aquí. Vete, vete orangutan, hipopótamo, monmuz, megaterio.

ESCENA V.

Dichos, doña Melitona y Gabriela.

Melitona.

¿ Qué es esto, Dios mio ? ¿ Qué voces son estas ? ¿ Qué te sucede, muchacha ?

Juliana.

¿ Qué me ha de suceder ? Este leviatan que se me ha entrado aquí con esas pezuñas de mampostería ?

Melitona.

Si es el aguador que viene á traer agua

para el baño del huesped.

Juliana.

¿Y piensa el gran cernícalo que se ha de bañar en la sala?

Aguador.

¿Eu que sei? ¡Vaya que está buenu!

Gabriela.

Vaya usted, Toribio: en el entresuelo está el baño, eche usted esa cubeta, y traigase usted otras dos.

Aguador.

Creu de mí que si non fuera porque se me deben seis meses ..

ESCENA VI.

Dichas menos el aguador.

Melitona.

¡Valgame Dios, hija, que aspavientos! Parecía que te mataban.

Juliana.

Haga usted cuenta que poco menos. Estaba meditando una carta muy interesante, y se me encaja ese vestiglo.

Gabriela.

¿Qué habia de hacer el pobre, si le han ido á llamar? Al huesped se le ha anto-

jado bañarse en casa. Como se mete en todas partes, el otro dia vió el baño en las guardillas, y al instante se empeñó en que se le bajasen al entresuelo, que queria tomar unos baños de Santé.

Juliana

¿Pero qué tiene que ver eso, con que el aguador se meta en la sala?

Gabriela.

Ya vendria de la cocina; pero no habrá encontrado á nadie: las tinajas estan llenas, y se entraria á preguntar: á él no le habrán dicho mas sino que traiga una cubeta.

ESCENA VII.

Dichas y don Ricardo que atraviesa por el fondo del teatro muy aprisa y cantando.

Juliana.

Buenos dias, Ricardo.

Ricardo.

¡Ah, pardon, medam! Ye revien, ye revien.

ESCENA VIII.

Las mismas menos don Ricardo.

Melitona

¿Qué dice, qué rebienta?

Gabriela.

Le habrá dado el cólico.

Melitona.

Sin duda; segun la prisa que lleva.

Juliana.

¿Qué disparates están ustedes diciendo?

Melitona.

¿En qué son disparates?

Juliana

¿Pues no han visto ustedes que iba cantando?

Gabriela.

Toma, esa no es prueba; aunque estuviera con las ansias de la muerte cantaria lo mismo.

Juliana.

Ya vuelve.

ESCENA IX.

Dichas y don Ricardo que viene en chinelas y limpiando las botas con el corsé.

Ricardo.

¡Ah misericord, quel bú, quel bú!

Melitona.

Ea, ya viene haciendo el bú.

Ricardo.

Yo mi ser abismado in isa porta d'Atocha; mi ser crotado de la bella manera.

Gabriela.

¿Cuando no es pascua?

Ricardo.

Yo venia de dar á mis botas siracho inglés.

Gabriela.

¿Señorita, no vé usted su corsé?

Juliana.

¿Como?... ¡Ay triste de mí!

Melitona.

¿Con qué está usted limpiando las botas, hombre de Dios?

Ricardo.

Ye ne se pa. Un chifou que ye rancontré.

Melitona.

¿Pero que es, Dios mio? ¿Gabriela?

Gabriela.

¿No lo está usted viendo? El corsé de la señorita.

Melitona.

¡Virgen de la Almudena! El corsé de irlanda que estrenó el domingo; que me llevó madama Garduña por él siete duros sin los aceros.

Ricardo.

¿Me bien, cua?

Gabriela.

Que ha cogido usted un corsé de la señorita para limpiar las botas.

Ricardo.

¿Un corsé de la siñoreta?

Gabriela.

Si señor.

Ricardo.

¿Un corsé?

Gabriela.

Un corsé.

Ricardo.

¿Di la siñoreta?

Gabriela.

¡Canario! De la señorita

Ricardo.

¿Di la señoreta un corsé?

Gabriela.

¡Dále bola!

Ricardo.

Pa posibl.

Gabriela.

¿Pues no le tiene usted en las manos?

Ricardo.

¿Ma fua se vré? E bien ye ne pa ſetatansion.

Melitona.

¿Y por qué no la hizo usted, caramba? ¿No veia usted los agujeros para meter los brazos?

Ricardo.

Ye vu di que ye ne ver buqueros.

Melitona.

¡Pues aunque tuviese usted cataratas!

Ricardo.

Yo no los ver paról donúr. Orrest se ne rien. No estar nada, no estar nada.

Melitona.

¿Como que no estar nada? ¡Me alegro por vida mia!

Ricardo.

Os digo que no estar nada. Isto se quitar al instante.

Gabriela.

Ya se ve que si: el siracho ingles...

Melitona.

¿Quién sabe los potingues que ellos hacen para sacar tanto lustre?

Ricardo.

Sé quitar perfectamente. Si oste estuviera quimíca.

Melitona.

¿Y qué nos importa eso?

Ricardo.

¿Qué vos importa? ¿Osté ver este corsé tanto cochina? E bien, oste no tener mas que meterlo en acua mucho caliente: poner allí bastante de la ceniza: que bulla, que bulla bien: pui lo poner en acua á la temperatura natural: frotar con un poco de savon y restar mas blanco que de la nieve. Así lo hacemos nosotros en Prusia.

Gabriela.

Ya ha oido usted el secreto, señora: no hay mas que echarle en legía, y luego se aclara con agua y jabon.

Melitona.

¡No hay duda que es un descubrimiento feliz! ¡El demonio que diera con él!

Gabriela.

Señorita, suplíquele usted que nos ponga la receta por escrito, no sea que se nos borre de la memoria.

Ricardo.

¿La quiere oste, Yuli?

Juliana.

Dejeme usted en paz.

Melitona.

Vamos; traiga usted ese corsé, y otra vez mire usted por Dios lo que hace. ¿Pero adonde fue usted á tropezar con él, enemigo?

Ricardo.

Yo tropezar en el mi cuarto encima de la mi cama.

Melitona.

¡Santa Quiteria me ampare! ¿Qué dice usted hombre?

Ricardo.

Yo le tomar de encima diu lit. Estar una cosa cierto.

Melitona.

¿Qué es esto, Dios mio? Juliana no le oyes ¿Cómo estaba tu corsé allí? ¿Cuando te has desnudado tú en su cuarto?

tar una cosa mucho preciosa, é mucho indispensable per osté La vuasí. (1)

Melitona.

¿A ver¿

Ricardo.

¡Oh estar un tresor.

Melitona.

¿Pero que es?

Ricardo.

Un nuevo depilatorio que viene de llegar de Constantinopli.

Melitona.

¿Un depilatorio?

Ricardo.

Un depilatorio sublim.

Melitona.

¿Y qué es eso?

Ricardo.

Se lo micor remedio que podeis ver per quitaros todas las barbas è la mustache.

Melitona.

Vaya usted á los diablos.

Ricardo.

Tené, tené.

Melitona.

Vaya usted á paseo:

(1) Saca un frasquillo.

Juliana.

¡Esto solo me faltaba! (1)

Melitona.

Responde, responde pronto, bribonaza.

Gabriela

Señora, no piense usted majaderías. Yo le llevaba en la mano para guardarle, cuando entré á levantar la ama, y le dejé olvidado allí.

Melitona.

¡Dios quiera que sea eso! Pero... ¡Jesus Maria, que hombre de mis pecados!

Ricardo.

Alon siñora Motiloneta, osté estar una buena mochacha, osté finirá sus jeremiadas, é nusalonfer la pe.

Melitona.

¿Qué p ni que q? Hombre no sea usted postema.

Ricardo.

La pache, la pache; é por la confirmar yo quiero hacer á osté un presento.

Melitona.

Yo no quiero presentes de usted.

Ricardo

Osté me hará la gracia de lo tomar. Es-

---

(1) Aparte.

ESCENA X.

Dichos, menos doña Melitona.

Ricardo.

Se drol. Yo le quiere poner la cara propia, y ella quiere guardar sus barbas. An fen setegal. ¿Qué tiene osté Yuli? Osté no habla mas que si fuera un magote de la China.

Juliana.

Déjeme usted, hombre inhumano.

Ricardo.

¡Coman! ¿Osté estar tambien enfadado conmiga?

Juliana.

Enfadada y para siempre.

Ricardo.

¿Cúa? ¿Todó de bueno, verdaderamente?

Juliana.

Y tan verdaderamente, que ya es usted el hombre mas odioso para mi....

Ricardo.

¿Me se ne pa posibl. Yuli, por ùn miseria?

Juliana.

¿Qué miseria? ¿Sabe usted lo que ha

hecho?

Ricardo.

Yo no hecho que limpiar mis botas.

Juliana.

¿Con mi corsé?

Ricardo.

Yo os digo que os le pondré á nuevo: yo os haré venir un otro de París por la mala posta.

Juliana.

Vamos, calle usted porque no es posible que nos entendamos.

Ricardo.

Yo no veo pur cuá no entendernos. Todo el mundo me felicita de los progresos que yo hago en la nostrá lingua. Estoy persuadado que antes de una quinsena de dias, todos me tomarán por un cordovíno.

Juliana.

Enhorabuena: pero hágame usted el favor de irse y no quemarme la sangre.

Ricardo.

¿Yuli, eti posibl? ¿Yo quemar á osté la sangre?

Juliaua.

Me la quema usted, me la achicharra, me la pudre.

Ricardo.

¿Chichicharra, putre? Mi no entender iso.

Gabriela.

Pues es cordovino puro.

Ricardo.

Sepandan.

Juliana

Vamos, ¿quiere usted irse de aquí, ó me voy yo?

Ricardo.

Me Yuli fetatansion.....

Juliana.

¡Otra te pégo!

ESCENA XI.

Los mismos menos doña Juliana.

Ricardo.

Anfén, me vaulá brullado con tuta la familla. Yo no puedo concebir...

Gabriela.

¡Es lástima!

Ricardo.

Por un miserable corsé.... ¿E osté tambien, Gabriel, mi declara la guerra?

Gabriela.

¿Yo, qué disparate? Nosotros siempre so-

mos amigos.

Ricardo.

Pero mi puede osté dicir como se hace... una ñiña chiquita no estaria mas...

Gabriela.

¿Cómo se hace? ¿Qué me sé yo?

Ricardo

¡Ayer la noche tanto indulgente, è hoy tanto dificil!

Gabriela. (1)

Se me ocurre un pensamiento.... Sí, esto acabara de indisponerlos.

Ricardo.

¿Anfen Gabriel?

Gabriela.

¡Pobre don Ricardo! ¡Si viera usted cuanta compasion le tengo!

Ricardo.

Yo te remerci de todo mi corazon.

Gabriela.

¡Cuidado que es chasco! ¡Estar usted á pique de hacer su fortuna, y escapársele de entre las manos!

Ricardo.

¿La mi fortuna?

---

(1) Aparte.

Gabriela.

¿Pues no? Si usted se casara con mi señorita, seria usted el hombre mas féliz.

Ricardo.

¿Estar mucho rica?

Gabriela.

Ella por sí lo es bastante, y ademas tiene un tio carnal, que es el comerciante mas opulento de Barcelona, y la deja por su heredera.

Ricardo.

¿Anverité?

Gabriela.

Lo que usted oye.

Ricardo.

¿E no la tiene asiñado una dote auatandan que creva?

Gabriela.

¿Un dote? ¡Y qué flojo! No baja de treinta mil ducados.

Ricardo.

¿Cuantas pistolas?

Gabriela.

Sobre unas siete mil pistolas y dos trabucos.

Ricardo.

¡Ah Gabriel! es preciso necesariamente que yo mi case con la siñoreta Yuli.

Gabriela.

Mucho lo dificulto.

Ricardo.

Pero me.. ¡por una eturdería, por un diable de corsé!

Gabriela.

¡Qué bueno es usted! Lo del corsé es lo de menos.

Ricardo.

¿Y pues?

Gabriela.

Digo que lo del corsé no es lo malo.

Ricardo.

¿Cua don ser lo malo?

Gabriela.

Que usted no sabe manejarse.

Ricardo.

¿Mí no saber?

Gabriela.

No señor, no sabe usted de la misa la media.

Ricardo.

Ni la media, ni la tercia parte, ni la cuarta...

Gabriela

Ya, ya se conoce.

Ricardo.

Mes an fen, si tú no decir mas, yo no

quedar mucho instruido.

Gabriela.

¿Cómo ha de ser?

Ricardo.

Alon mochachia, espliquise osté; no chichicharres tú á mí.

Gabriela.

Pues bien, sepa usted lo que ignora; sepa usted que en esta casa sucede como en otras muchas, que para pillar á la hija, es preciso conquistar primero á la madre.

Ricardo.

¡Misericordio eternela! ¿A dona Motilona?

Gabriela.

A doña Melitona.

Ricardo.

¿Gabriel, tú te mocas de mí?

Gabriela.

No me moco: este es el único medio, ó si no renunciar al partido mas ventajoso de la corte.

Ricardo.

¿Me dona Motilona con la su barba è la su basquiñia tanto grotesca....?

Gabriela.

Ahí donde usted la vé, es mas alegre que

un pandero. (1). ¡Pobre señora, Dios me perdone el falso testimonio qne te levantó: sino fuera por lo que es, ciertamente no lo haria!

Ricardo.

Me yo no he visto nunca la mas piquena siñal...

Gabriela.

¡Buena es esa! Parece que no conoce usted á las mugeres.

Ricardo.

Veritá, veritá.

Gabriela.

Dígole á usted que es muy disimulada, y si usted se resuelve á emprender la conquista, es menester que se prevenga para recibir al principio muchos desaires y bufidos; pero no hay que desanimarse, firme y á ello. En la suposicion de que la plaza está dispuesta a capitular (2) De esta hecha nos echan á los dos por la ventana.

Ricardo.

Set encompreansible. . me Gabriel...

---

(1) Aparte.
(2) Aparte.

Gabriela.

Amigo mio, yo he dicho á usted lo que hace al caso. Si usted no se encuentra con fuerzas, no hay mas que hacerse á la espalda y dejar el campo á otro.

Ricardo.

Oh non.

Gabriela.

Pues si usted se determina, darse priesa, no sea que despues no llegue á tiempo.

Ricardo.

¿E si yo hacer el amor à Motilona luegue me casar con Yuli?

Gabriela.

Eso infaliblemente, aunque se opusiera el mundo.

Ricardo.

Alon, es preciso avalar este emetico.

ESCENA XII.

Dichos y Juliana por un lado, y por otro Casimira, Gertrudis y Bernarda.

Juliana.

Os he visto venir.

Casimira.

Nosotras tambien te hemos visto detrás

de las vidrieras. ¿Cómo estás?

Juliana.

Fatal.

Casimira.

Yo tambien me estoy muriendo.

Juliana.

¿Qué tienes?

Casimira.

¿Que sé yo? Un ruido en los oidos, unos esperezos, tan poca gana de hacer nada.

Juliana.

Los nervios.

Gertrudis.

Sin duda. Yo estoy lo mismo, cayéndome de debilidad: tres veces he almorzado y no puedo tenerme de pié.

Bernarda.

¿Pues y yo? Te aseguro que si no fuera por la necesidad, no hubiera salido de casa.

Juliana.

¿Qué necesidad?

Casimira.

Venimos á buscar á ustedes para ir á ver la revista.

Juliana.

¿Qué hay revista?

Casimira.

Sí, chica, de todas las tropas en el Prado.

Gertrudis.

Todavía tenemos tiempo.

Juliana.

¡Qué bonito vestido, Casimira!

Casimira.

¿Te gusta?

Juliana.

Mucho, y está perfectamente hecho. Las mangas me parecen un poquito anchas.

Casimira.

Ay, no lo creas; pues si no han entrado mas que cinco varas escasas.

Bernarda.

Si vieras las mias!

Juliana.

¿Tú tambien te has hecho otro vestido?

Gertrudis.

Las tres nos los hemos hecho iguales: digo el mio no tiene los botones de nacar, sino de acero, y está un poquito mas escotado por detrás

Juliana.

¿Mas escotado?

Gertrudis.

Un poquito mas, asi como un palmo.

Juliana.

Gabriela, vé á decir á madre que están aqui las chicas

ESCENA XIII.

Dichos menos Gabriela.

Casimira.

Don Ricardo, ¿que tiene usted que está usted tan callado?

Ricardo.

Nada, un poco dolor á los gruesos dientes.

Juliana.

Déjale, no le hables.

Casimira.

¿Por qué?

Juliana.

Es un títere.

Casimira.

¿Están ustedes reñidos?

Juliana.

Ya te contaré todo.

Casimira.

¿Y don Lucas?

Juliana.

Otro que tal baila.

Casimira.

¿ Pero es cosa seria?

Juliana.

Tan seria, que no pienso volverles á dar los buenos dias.

Casimira.

¿ A ninguno de los dos?

Juliana.

A ninguno de ellos.

Casimira.

¿ Y qüé te harás?

Juliana.

¿ Qué quieres que me haga?

Casimira.

¡ Vaya, si en no teniendo siquiera tres ó cuatro muebles de prevencion, está una perdida!

ESCENA XIV.

Dichos y doña Melitona.

Bernarda.

Buenos dias, tia.

Melitona.

Felices, hijas. ¿Y vuestro padre?

Gertrudis.

Tan bueno. Venimos por ustedes.

Melitona.

Ya me lo ha dicho Gabriela. Yo por mí si quiere Juliana.

Juliana.

Si Señora.

Melitona.

¿Y quién nos ha de acompañar?

Bernarda.

¿Quién pregunta eso? Don Ricardo.

Melitona.

¿Sabes tú si querrá?

Ricardo.

¡Ah siñora Motilona! yo quiere ir con osté á los desiertos de Larabí.

Gertrudis.

Bravísimo don Ricardo; eso se llama ser fino.

Juliana.

Muger, ¿me querrás decir qué se ha hecho la Fermina? No la veo en ninguna parte.

Casimira.

La otra tarde estaba en el Retiro. Si vieras que velo tan soberbio llevaba.

Juliana.

¿Mejor que el de su hermana?

Casimira.

Mucho mejor; pero la caía tan mal ¡Co-

mo es tan desgarvada!

Juliana.

Muger no digas eso: si es una de las mejores mozas de Madrid.

Bernarda.

Calla por amor de Dios. ¿Qué tiene de bueno Fermina?

Juliana.

¿Qué tiene de malo, pregunto yo?

Gertrudis.

Todo, si es la criatura mas desagradable...

Juliana.

¿Pues, y aquellos ojos?

Casimira.

¡Tan Saltones!

Melitona

¿Y aquel talle?

Bernarda.

Porque va en prensa.

Juliana.

¿Y aquel pecho?

Gertrudis.

Toma; si es postizo: yo conozco á la que le hace las almoadillas.

Casimira.

Sobre todo, no debian gastar el lujo que gastan

Melitona.

Eso es verdad, porque su padre es pobre.

Casimira.

Y cargado de familia.

Juliana.

Pero ellas trabajarán.

Bernarda.

¿Qué han de trabajar? Con los dientes: á todas horas estan en la calle.

Gertrudis.

Vamos, si digo yo que los tales velos....

Bernarda.

¿Quien sabe de donde habran salido?

Casimira.

Lo cierto es que el novio de Fermina está ya de vuelta en Madrid, y dicen que ha traido tantísimo dinero.

Juliana.

A proposito de Novios: ¿Casimira y?...

Casimira.

¿Cual? (1) Muger ¿no sabes que me ha plantado?

Juliana.

¡Te ha plantado!

Casimira.

Si amiga: se va á casar con la Gaceta.

(1) Juliana le hace una seña.

Juliana.

¿Como con la Gaceta?

Casimira.

Ya no tiene otros amores, ni otra cosa que le interese en este mundo. A casa viene lo mismo que siempre, y hace lo posible por disimular: ¡pero está tan distraido! No sabe hablar sino de noticias.... ¡Y el caso es que se toma unas pesadumbres! Tres dias ha estado en cama por eso de los chinos.

Melitona.

¿Qué ha sido eso?

Casimira.

¿Qué sé yo? Que han muerto á tantos y cuantos.

Juliana.

¿Quiénes?

Gertrudis.

Creo que han de haber sido los suecos.

Melitona.

¿Y dónde?

Casimira.

Me parece que ha sido en Asturias.

Gertrudis.

Lo cierto es que á los pobrecillos todo se les volvia pedir confesion, y nada.... Muger, ¿sabes que al marido de la Isi-

dora le han hecho comisario de guerra?

Juliana.

Vamos allá.

ESCENA XV.

Los mismos y Gabriela.

Gabriela.

¿Se quieren ustedes poner las mantillas aquí, ó vienen adentro, porque voy á barrer el cuarto?

Juliana.

Aquí nos las pondremos, trahe.

Casimira.

Don Ricardo, ¿viene usted á acompañarnos en chinelas?

Ricardo.

No señor, mi voy meter las botas.

ESCENA XVI.

Dichos menos don Ricardo.

Juliana.

Venga usted acá, madre.

Melitona.

No hija, yo no necesito espejo.

Juliana.

Casimira, ¿has leido tú una novela que se llama.. ¿Está bien? (1)

Casimira.

Tíratela un poquito á la derecha...? Cómo dices?

Juliana.

Se llama, se llama..... ¿Y ahora?

Casimira.

Ahora está demasiado atrás... ¿Con que?

Juliana.

Se llama.... El Cómitre afectuoso.... Me parece que todavía está un poco torcida.

Bernarda.

Un si es no es... Llamátela á la izquierda.

Casimira.

¿El Cómitre?... No me acuerdo. ¿Y tú la has leido?

Juliana.

Yo no; pero me la ha celebrado tanto don Dominguito... Ahora creo que está bien.

Gertrudis.

Buena está... ¿Y don Dominguito vá todavia á casa de la baronesa?

---

(1) Prendiendose la mantilla.

Juliana.

Me parece que anda eso de capa caida. ¡Jesus, hay dias que no acierta una á coger el tino! .. ¿Gabriela, me dás un alfiler?

Bernarda.

Toma. ¿Cuantos alfileres te pones?

Juliana.

Muchos; sino se me figura que se me vá cayendo.

ESCENA XVII.

Las mismas y don Ricardo.

Ricardo.

E bien, ¿podemos romper la marcha?

Juliana.

Aguárdese usted un poco

Bernarda.

Mira que se vá haciendo tarde.

Juliana.

Gabriela, dame los guantes y el abanico... No; déjalo estar... De cualquier modo ... Si á mi no me importa nada. Vamos allá.

Ricardo.

Alon doña Motilona. (1)

Casimira.

¿Y quién toma el otro brazo?

Juliana.

Tómale tú.

Casimira.

Pues dáme el otro.

Gertrudis.

Deme usted á mí el suyo, tia.

Bernarda.

Y tú á mí el tuyo, Juliana.

Ricardo.

A sá, marchon.

ESCENA XVIII.

Gabriela.

Id benditos de Dios. ¡Qué ganas tenia de verlos en la calle! Cada vez que pienso en la que le espera á mi pobre señora... Me parece que voy á tener que reir para todos los dias de mi vida; pero el amo... ¿Qué novedad será esta?

---

(1) Presenta el brazo á doña Melitona.

ESCENA XIX.

Don Jorge y Gabriela.

Gabriela.

¿No los ha encontrado usted?

Jorge.

Ellos salian, y yo entraba.

Gabriela.

Se ván á la revista. ¿Por qué no ha ido usted con ellos?

Jorge.

¡Dios me libre y me defienda! Además que estoy poco de prisa. Ese contador nuevo, quiere volvernos tarumba á todos.

Gabriela.

¿Y á qué viene usted?

Jorge.

A buscar unos papeles Se ha empeñado en que forme yo el nuevo reglamento de las oficinas. Ya se vé, los demas son inútiles: no tienen aun esperiencia: unos no llevan mas que doce años de escritorio; otros diez; otros cinco. Así es que se vén tan atados para cualquier cosa, y al fin y a la postre todo carga sobre mi.

allí, ¡que fué buen discurso! Porque sabia hilbanar mal que bien cuatro patochadas, figurarse que seria capaz de poner un oficio como corresponde, ó de formar cargos á un administrador.

Gabriela.

¿Qué tiene que ver uno con otro?

Jorge.

Ya vés tú.

Gabriela.

Pues yo estaba en que don Rafael tenia talento.

Jorge.

Si no sabe cerrar un sobrescrito, y tiene una letra como la del aguador.

Gabriela.

Pues señor, está usted divertido.

Jorge.

Ya, ya.

Gabriela.

No es cosa, si ha de hacer usted el trabajo de todos.

Jorge.

Tanto como el trabajo de todos, no. Todos trabajan, y mucho. Yo te aseguro que en pocas oficinas de particulares se trabajara tanto como se trabaja en el dia en la nuestra. Ayer me lo decia don Santos,

Gabriela.

Ya vé usted, eso es natural. ¿A quién se lo han de encargar, sino al que sabe desempeñarlo?

Jorge.

Si; pero yo no puedo volverme veinte, y ese hombre no acierta á hacer nada sin mí. Don Jorge, saque usted una copia de tal estado. Don Jorge, reúname usted aquellos antecedentes. Don Jorge, estienda usted esa minuta. Don Jorge, forme usted el reglamento. Vamos, te digo que me faltan las fuerzas.

Gabriela.

¿Pero no hay nadie que ayude á usted?

Jorge.

¿Quién es capaz de ayudarme?

Gabriela.

Alguno que tuviera un poco de disposicion, que fuese despejadillo: v. gr. don Rafael.

Jorge.

¿Don Rafael? ¡A buena parte vás! Ese no sabe mas que escribir comedias.

Gabriela.

¿No sabe mas?

Jorge.

Nada mas; y por eso nos le encajaron

el portero mayor: desde la interinidad del señor contador Fariñas no me habia sucedido otra como la que me sucedió el jueves de la semana pasada; ponerme á comer en punto á las tres menos cuarto.

Gabriela.

Eso es tirarse á matar.

Jorge.

Seguro: y mientras que yo estoy echando el alma, mi señora muger, y mi señora hija divirtiéndose en paseo.

Gabriela.

No està en el orden.

Jorge.

Y moneando con el huesped, que sino ſuera... ¡Te aseguro, que tengo unas ganas de que acaben de casarse!

Gabriela.

¿Quienes?

Jorge.

El huesped y Juliana.

Gabriela.

¿Qué piensa usted que don Ricardo quiere á la señorita?

Jorge.

¿Pues á quién quiere?

Gabriela.

No sé, puede ser; pero yo habia crei-

do otra cosa.

Jorge.

¿Qué habias creido?

Gabriela.

Que no era ella á quien se inclinaba.

Jorge.

¿Qué, es á alguna de mis sobrinas?

Gabriela.

Tampoco.

Jorge.

Pues muger, él no sale de casa; á la tertulia no vienen mas mugeres: con que á no ser que se incline á tí.

Gabriela.

¿A mí? ¡Está usted fresco!

Jorge.

En verdad que me pones en confusion.

Gabriela.

¿Por qué?

Jorge.

Tú, segun parece crees que tienes interes en esta casa, y luego cuando te nombro todas las personas de quien puede gustar me dices que no es ninguna de ellas.

Gabriela.

¿Las ha contado usted bien?

Jorge.

¿Oyes? A no ser que esté enamorado de

Melitona.

Gabriela.

¿Tan estraño seria?

Jorge.

¡Demonio!

Gabriela.

¿Qué sucede?

Jorge.

Pues si tal supiera me parece... ¡Cáspita! Bonito soy yo para que me vengan con esas!

Gabriela.

¿Y qué importaría, si el ama es una santa?

Jorge.

Por eso mismo, para que no pierda la santidad.

Gabriela.

Vamos, dejese usted de boberias y vaya á buscar sus papeles.

Jorge.

Bueno es que mientras que fue joven, no me dió ningun susto, y ahora que está hecha una tarasca...

Gabriela.

Vamos, despache usted, que estará el señor contador deshaciéndose; como que le faltan sus pies y sus manos.

Jorge.

¡Jesus, como se va poniendo Madrid! En otro tiempo no habia estas cosas. Yo me acuerdo cuando tenia veinte y cinco años que era un placer andar por el mundo. Y eso que entonces no era uno mas que un simple meritorio, y estaba atenido....

Gabriela.

¿A ver? Calle usted. ¡Ay qué estrépito! ¿Si se habrá soltado la mona, y se habrá metido en el despacho...?

Jorge.

¡La mona en mi despacho! Ya no me faltaba otra cosa. ¡Válgame toda la corte celestial!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Doña Melitona, Doña Juliana y Gabriela:

Gabriela.

¿Vienen ustedes solas?

Juliana.

El huesped ha ido á dejar á las primas en su casa.

Gabriela.

¡El huesped! ¿De cuando acá le da usted un nombre tan seco?

Juliana.

¿Toma, que mas tiene?

Gabriela.

¿No habia usted decidido que se le debia llamar siempre Ricardo? ¿Que era mas almivarado, mas elegante, mas cariñoso?

Juliana.

Pongo en tu noticia, que no vengo para gracias.

Gabriela.

¿Pues que ha sucedido?

Melitona.

¿Que ha de suceder? Que son unas locas.

Juliana.

Eso es, echenos usted la culpa.

Melitona.

No, que me la echaré á mí. ¡Como he tenido una mañana tan divertida!

Juliana.

A lo menos no ha pasado usted por la vergüenza que nosotras.

Melitona.

He pasado un susto mayor.

Juliana.

¡Si, que el nuestro ha sido flojo!

Gabriela.

¿Pero que es todo ello? Que estan ustedes hablando? ¿Que susto, que vergüenza?

Melitona.

Nada, que esas muñecas ...

Juliana.

Vamos, calle usted por Dios, madre. Diga usted que se le fue el santo al cielo con la conversacion del huesped.

Melitona.

¿Niña, estas empeñada en hacerme saltar?

Gabriela.

¿Pero me quieren ustedes contar que es lo que ha pasado?

Melitona.

Verás: era tan grande el gentio....

Juliana.

Yo se lo contaré, yo se lo contaré.

Melitona.

Si, se lo contarás á tu modo.

Juliana.

Desmiéntame usted cuando no diga la pura verdad.

Melitona.

Con esa condicion cuentalo tú: veremos quien es la culpada.

Juliana.

Pues mira, hija, en primer lugar apenas llegámos á la Cibeles, el señor huesped no se anduvo en chiquitas: nos dijo que hacia demasiado calor para dar los dos brazos, y así se solto de nosotras, y se quedó solo con madre. Nosotras como era natural echamos á andar delante; atravesamos el salon y al llegar cerca del Botánico, empezó á tocar una musica junto á la puerta de Atocha: apretamos el paso, nos acercamos á oir....

Melitona.

Dí que se fueron á meter en medio en medio de los músicos.

Juliana.

La gente nos metió, ademas que sino se han de ver las cosas mas vale estarse quietas en casa.

Melitona.

Pues ya visteis lo que os sucedió.

Juliana.

Como nosotras ibamos en la confianza de que ustedes nos seguian.

Melitona

Ya se vé que os seguiamos; ¿ pero quién no se pierde en aquella confusion?

Gabriela

¿ Y en fin, en que paró el caso?

Juliana

En que el regimiento echó andar de pronto; nosotras no pudimos salir, y tuvimos que ir marchando entre los tambores y los músicos desde la puerta de Atocha hasta la de Recoletos.

Gabriela.

¡ Ay virgen del Carmen ¡ ¿ Pero cómo no pudieron ustedes salir?

Juliana.

Si tú no sabes la gente que habia; y como los que estaban á los lados eran todos jovenes, luego que vieron nuestro apuro, en vez de ayudarnos, se empe-

ñaron en no dejarnos pasar.

Gabriela.

¿Y los músicos?

Juliana.

Los músicos se reian á carcajadas, y al instante tomaron parte en la fiesta. El uno nos deshacia los rizos con los platillos, el otro nos ponia la boca del clarinete en la oreja, el otro nos metia el trombon por debajo de los brazos.

Gabriela.

¡Ay Dios mio, como irian ustedes!

Juliana.

¡Figúrate tú! Llorando como unas Magdalenas; dando chillidos. A mi me rompieron la mantilla, Bernarda perdió una pulsera, Casimira un zapato.

Gabriela

¿Y luego, cómo se escaparon ustedes?

Juliana.

Cuando el regimiento hizo alto, pasó un oficial y nos sacó de alli; pero calla que entonces fue nuestro mayor conflicto; por que algunos muchachos se vinieron detras de nosotras, silvándonos y dandonos vaya; y nosotras perdidas sin encontrar á madre ni saber que hacernos.

Gabriela.

¿Y usted dónde estaba?

Melitona.

Yo, por mi cuenta, estaba entonces á unos doscientos pasos del canal.

Gabriela.

¿Pues cómo fue eso?

Melitona.

¿Porqué el señor huesped se empeñó en que esas monas iban por las delicias, y que las estaba viendo: yo como soy casi ciega, aunque se me hacia muy duro de creer continuaba á regañadientes, hasta que me desengañé de que él era mas ciego qne yo.

Gabriela.

¿Y como se desengañó usted?

Melitona.

Porque los bultos que ibamos siguiendo, y que él decia que eran las muchachas, señalandome á cada una de por sí, dieron la vuelta y cuando emparejamos con ellos vimos que eran unos maragatos.

Gabriela.

¿Con que donde se reunieron ustedes?

Juliana.

En el salon, pero despues de dar mil vueltas, cuando ya se se habia concluido to-

do, y casi toda la gente se habia retirado.

Gabriela.

¿Yrian ustedes sofocadas?

Juliana.

Ya ves el calor que hace.

Melitona.

Tan sofocadas que el huesped se determinó á entrarnos en el café de Solis.

Gabriela.

Vamos no fue malo.

Melitona.

Para Casimira fue bueno, porque le prestaron unos zapatos: pero para Gertrudis y para mi....

Gabriela.

¿Qué les sucedio á ustedes?

Melitona.

Que yo queria tomar alguna cosa fria y estas señoritas y el huesped se empeñaron en que habia de ser cerveza, que no hay nada en este mundo tan ardiente como los helados: en fin por la primera vez de mi vida me eché una bocanada al coleto... ¿La has probado tu alguna vez?

Gabriela.

Si señora.

Melitona.

Pues entonces no tengo nada que decir-

te: sino que me supo á cerveza probada por la primera vez.

Juliana

Diga usted lo que quiera, es una bebida muy saludable.

Melitona.

Si, hija mia, tiene todas las trazas de serlo: y mas te digo, que es muy fresca, porque á mí de solo gustarla me entró un sudor frio que pensé que eran cuartanas.

Gabriela.

¿Y á la señorita doña Gertrudis, qué fué lo que le pasó?

Melitona.

Nada: al ir á sentarnos recibió un taponazo en un ojo, que por poco se cae de costillas, y al mismo tiempo vino una riada de cerbeza por detras, y se le entró toda por las espaldas.

Gabriela.

Haga usted cuenta que tomó un baño de cerveza.

Melitona.

Y de los de última moda.

Gabriela.

¿Oiga usted? Mucho es que no han discurrido ya los médicos recetar baños de

cerveza para todas las enfermedades.

Melitona.

No es tarde todavía.

Gabriela.

Me parece que han de ser los inmedíatos sucesores de las sanguijuelas.

Gabriela

Por fin, de un modo ó de otro, ustedes han pasado la mañana divertida.

Juliana.

Mucho, yo la he pasado muy buena.

Melitona.

¿ Pues y yo?

Juliana

Usted ha tenido á lo menos quien la requiebre, y le regale los oidos.

Gabriela.

¿ Como es eso?

Melitona.

Tonterìas de esa maliciosa.

Juliana.

Si, si tonterías.

Gabriela.

¡Ay cuentenme ustedes por Dios lo que ha pasado!

Melitona.

Que te lo cuente ella, que es la que ha hecho el descubrimiento

Juliana.

No hay inconveniente: se lo contaré con todos sus pelos y señales.

Melitona.

Y yo me iré á repasar la ropa de la lavandera, porque no tengo gana de oir desatinos.

Juliana.

Pues, amiga, sábete que mamá tiene un nuevo adorador.

Melitona.

Sí; que no conocia yo que se burlaba.

Juliana.

¿Burlarse? Atiende, atiende, verás el modo de burlarse.

Melitona.

Anda, vete á freir espárragos.

ESCENA II.

Doña Juliana y Gabriela.

Juliana.

Maldita la mentira es.

Gabriela.

¿Pero qué es lo que usted dice?

Juliana.

Que me ha desbancado mi madre.

Gabriela.

¡Como!

Juliana

Si, hija; el buen don Ricardo se ha quitado la máscara.

Gabriela.

¿Está usted en su juicio?

Juliana.

No lo dudes: está enamorado perdido de mi madre. ¿Si vieras que requiebros? ¿qué suspiros? ¡Y como él lo hace todo con tanto disimulo!

Gabriela.

¿Pero delante de ustedes?

Juliana.

Toma! Delante. Si te digo que era cosa de chuparse los dedos.

Gabriela.

¿Y su madre de usted?

Juliana.

Mi madre iba de muy buen humor.

Gabriela.

¡Calle usted por Dios!

Juliana.

Y por remate de fiesta se fueron á las Delicias: ya lo has oido.

Gabriela.

Yo pienso que su madre de usted tiene

razon, y que él habrá querido embromarla un rato.

Juliana.

No lo creas, no la embromaba, lo hacia todo de muy buena fé; aunque si he de decir francamente lo que siento...

Gabriela.

¿Qué es?

Juliana.

Tampoco me acabo de persudir.. ¡Quién sabe! Como él es tan estrafalario, si se le ha puesto en la cabeza que él modo de asegurarme á mí es ganar á mi madre...

Gabriela.

¡Malo es esto! (1) No. ¿Como habia de figurarse una cosa así?

Juliana.

No seria muy estraño; y si se le ocurrió este disparate, claro está que habia de ponerle al momento por obra.

Gabriela.

¿Y en ese caso le hallaria usted mas disculpable?

Juliana.

Ya ves, si yo era siempre el verdadero

---

(1) Aparte.

objeto de su cariño, y solo por no perderme se determinabá á disimular....

Gabriela.

Vamos, no puede ser esa la causa. No hay ningun antecedente para suponerlo.

Juliana.

¿Por qué lo dices?

Gabriela

Porque se lo hubiera indicado á usted. La hubiera hecho á usted algunas señas, algunas guiñadas.

Juliana.

Pues si me es infiel verdaderamente...

Gabriela.

¿Y qué importaría?

Juliana.

No hay duda: si yo viese desvanecida esta amable ilusion...

Gabriela.

¿Qué haria usted?

Juliana.

¿Qué haría? Encerrarme herméticamente en mí misma; entregarme esclusivamente á los placeres de la imaginacion; buscar mi felicidad en un mundo facticio, y renunciando para siempre á los hombres...

Gabriela.

¿ Renunciar para siempre á los hombres? ¡ Ave María purísima! ¿Ha perdido usted la chaveta? ¿Y eso porque se le escapaba á usted un amante? Nada, nada, señorita; un clavo saca otro. ¡ Si, que faltarian opositores á la prebenda! Ademas de que no faltan. ¿No tiene usted ahì á don Lucas?

Juliana.

Ya te he dicho que no me hables de él.

Gabriela.

¿ Pero por qué ha de ser usted tan caprichosa? ¿No tiene una figura interesantísima?

Juliana.

No lo puedo negar. En eso pocos habrá que le igualen.

Gabriela.

¿ No se muere por usted? ¿ No la quiere como á las niñas de sus ojos?

Juliana.

Si, creo efectivamente que me quiere bien.

Gabriela.

¿Le ha visto usted alguna vez distraerse con otra?

Juliana.

Tambien debo hacerle esa justicia. En tres años que hace que me obsequia nunca me ha dado el menor motivo para desconfiar de él.

Gabriela.

¿Por fin, es tonto, de mala familia, pobre, calavera?

Juliana.

No tiene ninguno de esos defectos.

Gabriela.

¿Pues caramba, señorita, donde vamos á parar? ¿Quiere usted que le hagan un novio de filigrana en la platería de Martinez?

Juliana.

No señor; pero ese hombre, en medio de sus buenas cualidades, tiene unas faltas que no se pueden sufrir.

Gabriela.

¿Cuales son esas faltas?

Juliana.

Ya te lo he dicho: en primer lugar me fastidia que se llame Lucas: luego no sabe sacarla á una de la esfera ignoble en que una vive. ¡Sus amores son tan prosáicos!

Gabriela

¿Qué es eso de prosáicos?

Juliana.

¿Como te lo he de esplicar yo?

Gabriela.

¿Pero qué es lo que usted quisiera?

Juliana.

Yo quisiera que de todo lo que me dice, de todo lo que me pasa con mi amante, pudiera sacar un pintor un cuadro patético.

Gabriela.

¡Ay, señorita, qné imaginacion tan consentida tiene usted! ¿Y es eso lo que usted dice que no es prosaico? Pues sepa usted que lo mejor que tienen todos los amores es prosaico y muy prosáico. Dígale usted á un pintor que le retrate un matrimonio feliz, el marido en mangas de camisa y ella con la barriga á la boca. ¡No dejará de ser un cuadro muy elegante!

Juliana.

Ya se ve; y por eso todas las comedias y novelas se acaban luego que se efectua el casamiento.

Gabriela.

¿Y... hablemos claros, usted de que tra-

ta? ¿De casarse como manda Dios, ó de servir de argumento para una novela?

Juliana

Enhorabuena; pero si, dejando esto aparte, don Lucas tiene un defecto que echa á perder todas sus prendas?

Gabriela.

¿Cual es?

Juliana.

Su maldito genio.

Gabriela.

Señorita, pues, si es une malva.

Juliana.

Si, cuando está de buen humor; pero en no saliéndole las cosas a su gusto, no le hay mas colérico, ni que diga unas cosas tan picantes.

Gabriela.

Porque está celoso; y bien ve usted que no deja de tener fundamento.

Juliana.

¿Y es buen modo de remediarlo y hacerse lugar, soltar siempre unas espresiones remojadas en salmuera, que le abrasan á una el alma?

Gabriela

De eso se corregiria, señorita. En llegando a estar seguro de su corazon de

usted, no hay que temer, que le diga jamas ninguna cosa que la ofenda.

Juliana.

¿Si se pudiera contar con eso?

Gabriela.

No lo dude usted, señorita; yo le he reconvenido hoy mismo, y me ha jurado que en la vida volverá á decir á usted ningun dicho satírico.

ESCENA III.

Las mismas y don Lucas.

Lucas.

Amiguita, vengo á dar á usted un millon de enhorabuenas. Me han dicho que la han hecho á usted tambor mayor de un regimiento de línea, y que hoy ha tomado posesion de su nuevo destino.

Juliana.

¡Qué tal, eh!

Gabriela.

(1) ¡Maldito! ¿Qué siempre ha de venir usted de chanza?

Lucas.

No es chanza, no; antes dicen, que tan-

---

(1) Aparte.

to esta señorita como sus primas, llevaban un aire tan marcial, que parecia que nunca habian tenido otro oficio.

Juliana.

¡Bravo!

Lucas.

Y que eran hijas de la tropa.

Juliana.

¡Firme!

Gabriela.

(1) Vamos esto no tiene compostura.

Lucas.

Lo único que se ha estrañado es, que no anduviera por allí el padrino.

Gabriela.

¿Quiere usted mudar de conversacion?

Lucas.

Y que las abandonase en un lance tan crítico, que si ellas no hubieran sido muchachas de valor....

Gabriela.

¡Don Lucas!

Juliana.

Déjale.

Lucas.

Siempre es glorioso divertir á toda una

---

(1) Aparte.

cipal, aunque sea por poco tiempo.

Gabriela.

¿Está usted desesperado?

Lucas.

Eso tiene el saber elegir amigos.

Gabriela.

Señor don Lucas....

Lucas.

Cuando llega la ocacion se sacrifican por ausiliarnos, y hacen de nosotros todo el caso que merecemos..

Juliana.

Basta, basta, señor don Lucas, ya se ha desahogado usted; y asi lo que únicamente le diré es, que me alegro mucho de haberle acabado de conocer á tiempo.

Lucas.

¿Y hasta ahora no me habia usted conocido?

Juliana.

Confieso que no; creia que sus defectos provenian de distinta causa.

Lucas.

¿Pues de qué provienen?

Juliana.

Es inutil pasar adelante.

Lucas.

No, digame usted....

Juliana.

Con el permiso de usted me retiro. Cuando medite á sangre fria lo que ha hecho, conocerá usted cuál es el partido que debe tomar.

ESCENA IV.

Dichos menos doña Juliana.

Lucas.

Oiga usted ¿qué partido?...

Gabriela.

¿Quién pregunta eso? No volver á poner los pies en esta casa.

Lucas.

¡Calla!

Gabriela.

¿Pues qué se figuraba usted? ¿Qué no hay mas que venir á humillar de un modo tan insultante y grosero á una señorita decente?

Lucas.

¿Hablas con formalidad, Gabriela?

Gabriela.

¿Que si hablo? En mi vida he dicho nada tan de corazon.

Lucas.

¿Con qne tras de que se me vá á la revista con don Ricardo, y luego se meté entre los músicos?...

Gabríela.

¿Y qué significa eso?

Lucas.

¡Nada! para ustedes todo aquello que les acomoda son cosas regulares, y que se deben permitir; pero para el pobre que tiene vocacion de marido....

Gabriela.

¿Y que?

Lucas.

Digo ¿ me complacerá mucho ver á tu señorita hecha el hazme reir de las gentes?

Gabriela.

Esas son cosas que pueden suceder á cualquiera, y usted debia consolarla en lugar de afligirla mas.

Lucas.

Por fin, ahora lo que únicamente conviene...

Gabriela.

Por fin ahora no conviene nada, sino que se vaya usted con la musica a otra parte.

Lucas.

¡Gabriela!

Gabriela.

Lo dicho, dicho: persuadase usted de que la cosa no tiene remedio. ¿ Si conocere yo á mi señorita?

Lucas.

Muger, si yo he venido...

Gabriela.

Ha venido usted á desbaratarme mi plan cuando yo habia dispuesto el teclado tan perfectamente....

Lucas.

¿ Como?

Gabriela.

Habia hecho creer á don Ricardo, que era preciso que obsequiase á la madre, para conseguir la mano de la hija. Ya él habia empezado; que este ha sido el motivo de haber dejado á las señoritas en el salon y marcharse con doña Melitona á las delicias. La pobre señora habra disimulado el disgusto, porque se le figura que el huesped es un buen partido para su hija, y nó querra indisponerse con él: pero como es tan aturdido, antes de mucho hubiera hecho alguna sonada, que hubieran tenido que echarlo todo á rodar.

Lucas.

Pues bueno, ese es un plan famoso: no

hay mas que seguirle.

Gabriela.

Ahora ya es inutil.

Lucas.

¿Porqué razon?...

Gabriela.

Porque era preciso que á medida que don Ricardo perdiera terreno en el corazon de la señorita, usted le fuese ganando; y á eso es á lo que yo tiraba. Cuando usted entró habiamos tenido una larga conferencia, y ya la habia yo inclinado bastante á favor de usted, disculpando su genio satírico, y diciendole que usted me habia jurado quese enmendaria: pero, amigo, entonces cabalmente vino usted á dejarme por la mayor embustera del mundo.

Lucas.

Pues, señor, el resultado de todo esto es, que yo estoy perdido

Gabriela

No está usted muy aventajado.

Lucas.

Y qué será menester pegarme un tiro.

Gabriela.

Eso nó; porque se le meterá á usted la bala por los sesos, y le hará mucho daño.

Lucas.

En la suposicion de que yo no puedo vivir sin ella....

Gabriela.

¡Maldito! Pues si usted sabe eso, para que.. ?

Lucas.

¿Para que? ... Sí, que soy dueño de mi mismo.... Con la menor mirada suya....

Gabriela.

¡Por vida de chápiro!

Lucas.

En fin, á Dios Gabriela.

Gabriela.

¿A donde va usted?

Lucas.

No sé: sino oyes hablar de mi en dos ó tres dias....

Gabriela.

No sea usted loco.

Lucas.

Pues si dices, que no queda ningun remedio.

Gabriela.

¿Que remedio ha de quedar...? A no ser .. Si usted tuviera un amigo de quien poder fiarse.

Lucas.

Lo que es amigos, tengo.

Gabriela.

Si; pero era menester que fuese una persona muy segura; que se quisieran ustedes como hermanos.

Lucas.

Mi cuñado: pero es frances.

Gabriela.

¡Tanto mejor! ¿Y que? No sabia yo que tenia usted un cuñado frances.

Lucas.

Si; un oficial de Estado Mayor, valiente, amable, generoso, lleno de talento y urbanidad. Bien le conoce tu señorita.

Gabriela.

¿De que le conoce?

Lucas.

De una tertulia á que concurriamos hace dos años; y en donde se bailaba todos los jueves. Algunos malos ratos me tiene dados en este mundo.

Gabriela.

¿Porqué?

Lucas.

Porque se arrimaba á tu señorita, y ella tampoco le ponia mala cara: pero despues marchó á Andalucia, poco antes que yo;

estuvo en mi pueblo, vió á mi hermana, se enamoró de ella, y como es un muchacho riquisimo, y no depende de nadie al momento se casaron.

Gabriela.

¿Y habla chapurrado como nuestro huesped?

Lucas.

No por cierto; habla el castellano tan bien como nosotros.

Gabriela.

¿Y la señorita sabe que se ha casado?

Lucas.

No, ni que esta aqui, aunque hemos venido y vivimos juntos: pero yo nada he dicho á Julianita, y el no sale de casa.

Gabriela.

¿Porque no sale? ¿Está malo?

Lucas.

No; pero está tan enamorado de su muger que se pasa todo el dia contemplando su retrato, hablando de ella, escribiendole, y aprendiendo de memoria sus cartas.

Gabriela.

Pues es preciso que al instante ponga manos á la obra.

Lucas.

¿De qué manera?

Gabriela.

Viniendo aquí, desbancando al otro, obligando á la señorita á hacer alguna estravagancia, y renunciando despues su mano á favor de usted.

Lucas.

¿Una estravagancia?

Gabriela.

Si, alguna cosa que no perjudique á la estimacion de doña Julianita; pero que la pruebe que las novelas la van á volver el juicio; y se averguenze de sus manias.

Lucas.

Bueno fuera eso; pero ¿y como?..

Gabriela.

Ya lo pensaremos. No dice usted que su cuñado es hombre de talento?

Lucas.

Tiene muchisima viveza.

Gabriela.

¿Y es buena figura?

Lucas.

Arrogante mozo.

Gabriela.

Pues, señor, á no perder tiempo.

Lucas.

Voy á enviarle acá inmediatamente.

Gabriela.

Pero es preciso buscar una escusa.

Lucas.

Dirá que viene á hacer una visita á tus amos de parte de mi familia.

Gabriela.

¿Se conocen?

Lucas.

Si; y ademas como mis padres saben mi designio y le aprueban.

Gabriela.

De todos modos.. ¡Ay, el amo!

Lucas.

Pues á Dios. Señor don Jorge, estoy á la orden de usted.

ESCENA V.

Don Jorge y Gabriela.

Jorge.

Abur don Lucas, hasta la noche. Pues amiga tenias mucha razon.

Gabriela.

¿En qué?

Jorge.

En lo del huesped, y mi señora esposa.

Gabriela.

¿Pues qué hay?

Jorge.

Nada: cuando volví á la oficina me encontré al contador con don Gumersindo y don Leoncio, que venian de la revista. Con que el contador al pasar se encaró conmigo, y me dijo con un aire muy pausado y misterioso. "Hacienda tu dueño te vea" Yo me quedé suspenso y le dije. "Señor contador ¿qué significa eso?,. El sacó entonces la caja, y dandome un polvo me repitió. "Hacienda que te vea tu dueño" Creció con esto mi confusion, y no pude menos de volver á preguntarle que ¿á qué venia aquello? pero él echó á andar esclamando por la tercera vez "Que te vea tu dueño, hacienda."

Gabriela.

¡No hay duda que fue un valiente paso!

Jorge.

¿Yo qué hice? Detuve á don Gumersindo, y le rogué que me esplicára la cosa; pero él, meneando la cabeza, y con aquella risita falsa que acostumbra, no me dijo mas sino "Don Jorge, quien tie-

ne tienda que atienda."

Gabriela.

¿Y usted le daria las gracias?

Jorge

No, yo me fuí á don Leoncio, que se habia quedado atras componiendose una hebilla, le hice la misma pregunta, y este ya por fin me ilustró algo mas.

Gabriela.

¿Pues qué le dijo á usted?

Jorge.

Me dijo: 'Anton Perulero, cada cual atienda á su juego

Gabriela.

¡Acabáramos! Ya eso es muy distinto.

Jorge.

Conque, amiga, yo me quité de cuentos, subí a la oficina, me puse á trabajar, y luego he sabido todo el negocio por otros dos compañeros: mi mayor y el oficial cuarto del archivo.

Gabriela.

¿Y qué ha sido todo ello?

Jorge.

¿Qué ha de ser? Que don Ricardo y mi perpetua, habian dejado solas a las muchachas en el Prado, y que iban hechos unos cadetes por las Delicias abajo.

Gabriela.

No puede ser eso

Jorge.

Es la pura verdad.

Gabriela.

¿Y qué le aconsejan á usted sus compañeros?

Jorge

Mi mayor dice que debo ir sacando apuntes de todo lo que vaya ocurriendo, y cuando haya suficientes noticias se forma el estracto, y se vé lo que se ha de determinar.

Gabriela.

¿Y el otro?

Jorge.

El otro, como es mas mozalvete, y no tiene mas que unos cincuenta y ocho años, dice que debo desafiar á don Ricardo.

Gabriela.

¡Desafiarle!

Jorge.

Si, para cubrir el espediente: pero claro está que si lo acepta no debo salir.

Gabriela.

Vamos, ya eso es mas prudente.

Jorge.

¡Toma! ¿Pues en qué está la dificultad, sino en reunir la prudencia y el valor?

Gabriela.

¿Pero como hará usted luego para escusar el desafio?

Jorge.

Si, que me faltarán arbitrios siendo yo un hombre tan ocupado; y mas ahora que andamos con las liquidaciones de tres años á vueltas.

Gabriela.

Ya se vé, y él se hará cargo...

Jorge.

¡Pudiera no hacerse!

Gabriela.

Por supuesto: y en fin, primero es la obligacion que la devocion.

Jorge.

Cabal. ¡Y digo, qué obligacion! Las liquidaciones del señor marqués.

Gabriela.

Repito que me hace fuerza.

Doña Melitona adentro.

No, caramba, eso no; ni por mi hija ni por nadie.

Jorge.

¿Qué es aquello?

ESCENA VI.

Dichos, doña Melitona y don Ricardo.

Melitona.

¡Ay, ay! Estése usted quíeto don Ricardo ¡Jesus! ¡Mi esposo!

Jorge.

¿Qué es esto, señor?

Ricardo.

¡Ah!

Jorge.

¿Qué diablos hacen ustedes?

Ricardo.

No es que por pasar el tiempo.

Jorge.

¡Pues es buen modo!... Si digo yo....

Ricardo.

Podeislo creer, ma fuá. Yo quierre enseñar á madama un paso de rigodon por bailar el miercoles.

Jorge.

No me venga usted á comulgar con ruedas de molino. Y la otra pindongona...

Melitona.

¡Toma! ¿Pues yo tengo la culpa?..

Ricardo.

Oh, madama estar inocente.

Jorge.

¡Lástima fuera!

Ricardo.

Estar una Penelópa.

Jorge.

Estar una bestia

Ricardo.

Yo tambien estar un Penelópo.

Jorge.

Se les conoce á ustedes.

Ricardo.

Tené, os digo simplesantería....

Jorge.

Señor; juegos de manos, juegos de villanos.

Ricardo.

For bien.

Jorge.

Y todo nace de la ociosidad.

Ricardo.

Estar mala cosa.

Jorge.

¿Porqué no echan ustedes un tresillo?

Ricardo.

Yo lo quiero bien.

Jorge.

O un mediator.

Ricardo.

Suá.

Jorge.

¿O porquè no se va usted á arreglar sus papeles?

Ricardo.

¿Los mios papeles?

Jorge.

Si; que el otro dia entré en el cuanto de usted, y me dió grima verlos.

Ricardo.

Sois demasiado amable.

Jorge.

Se ordenan por fechas.

Ricardo.

Estar un bello órden

Jorge.

Se les ponen sus carpetitas.

Ricardo.

Si, si pequeñas carpas.

Jorge.

Se forman legajos.

Ricardo.

Mi non me gustan legacos.

Jorge.

¿Qué le han de gustar á usted? Ya lo sé yo.

Ricardo.

No lo puede remediar.

Jorge.

Si á ustedes no les gusta nada que huela á órden. Daria algo bueno por ver como tienen las oficinas en Prusia.

Ricardo.

¡Oh, admirabl!

Jorge.

Apostaré á que todo está hecho un revoltiño.

Ricardo.

Se puede bien.

Jorge.

Ni habrá archivos, ni estantes, ni braseros.

Ricardo.

Tener buenos estufos.

Jorge.

Se esterará cada siete ú ocho años.

Ricardo.

A sá, yo vos quiero enseñar tambien el rigodon como á madama.

Jorge.

¡Mira, mira que salida está! Vente, Melitona, que tenemos que hablar.

ESCENA VII.

Don Ricardo y Gabriela.

Gabriela.

¡Buena la ha hecho usted amigo!

Ricardo.

¿Comán?

Gabriela.

¿No vé usted lo que ha pasado?

Ricardo.

Ma fuá, yo no saber que estár venido tu amo.

Gabriela.

Se mira á todas partes.

Ricardo.

Yo mirar, mas no ver.

Gabriela.

¿Tiene usted el diablo en el cuerpo? ¿Va usted à dar lugar á que el ama grite?

Ricardo.

¡Estar mucho gritona!

Gabriela.

¿Qué ha de hacer? Si va usted á enseñarla el rigodon en un pasillo.

Ricardo.

Yo no la encuentre en otra parte.

Gabriela.

Se tiene un poco de paciencia; se buscan las ocasiones.

Ricardo.

Tú deber ayudarmi por buscar ocasionas.

Gabriela.

¡Yo! (1) Tú me las pagarás.

Ricardo.

Ti misma, Gabriela.

Gabriela.

Si es usted un atolondrado.

Ricardo.

Alon dimí un moyer solído.

Gabriela.

¿Porquè no aprovecha usted la siesta?

Ricardo.

¿La siesta?

Gabriela.

Si, cuando todos se echan á dormir se introduce usted en el cuarto del ama, y le hace usted una declaracion formal.

Ricardo.

¡Par blu! ¿Y lo marido?

Gabriela.

Sino está allí.

---

(1) Aparte.

Ricardo.

¿No estar cuntos?

Gabriela.

Nada de eso, cada uno duerme la siesta en su cuarto.

Ricardo.

¿E Motilona donde duermir?

Gabriela.

En la alcoba de junto al comedor.

Ricardo.

¿E don Corque.

Gabriela.

En el otro estremo de la casa.

Ricardo.

¿E la siñoreta?

Gabriela.

La señorita no duerme.

Ricardo.

¿Coman sá?

Gabriela.

Porque está despierta.

Ricardo.

Vi, me ¿qué hace?

Gabriela.

Lo que le dá la gana: unas veces cose, otras veces se baja al Jardin y se pone a leer á la sombra de un arbol.

Ricardo.

¿Me non mi puede apercibir?

Gabriela.

No, si está cien leguas de su madre.

Ricardo.

¿Ni la cuisiniera?

Gabriela.

La cocinera menos. ¡Caramba, que plomo está usted!

Ricardo.

Se que..

Gabriela.

Si usted no quiere, no lo haga.

Ricardo.

Si lo haga. ¡Carambo mi tambien!

Gabriela.

Pues bueno.

Ricardo.

Mi tarda que venga la siesta.

Gabriela.

Aun es temprano.

Ricardo.

Tú poder decir que ser las dos, é poner la supa en la taola.

Gabriela.

Todavia no estará cortada.

Ricardo.

Mi ayudarte á cortar la supa. ¡Ah! vua-

si alguno. O revuar.

ESCENA VIII.

Don Enrique y Gabriela.

Enrique.

Sino me engaño he dado con lo que buscaba.

Gabriela.

Puede ser.

Enrique.

Con la sin par Gabriela, la primera de todas las trapisondistas de Madrid.

Gabriela.

Es favor que usted me hace.

Enrique.

No es, sino justicia pura.

Gabriela.

¡Justicia! ¿Y de dónde lo sabe usted? Aunque si, ya caigo ¿Usted es el cuñado de don Lucas?

Enrique.

Precisamente.

Gabriela.

Vaya con Dios: confieso que me habia usted asustado.

Enrique.

¿Porqué?

Gabriela.

¿Le parece usted que el saludo, que me ha hecho?...

Enrique.

¿Pues, qué tiene de malo?

Gabriela

¡Nada, llamarme trapisondista!

Enrique.

Esa es una gracia cuando recáe en una chica tan bonita como tú.

Gabriela.

Calle usted, prenda.

Enrique.

No hay mas: eres la reina de todas las fregoncillas habidas y por haber; y mas de cuatro elegantes darian cuanto poseen por tener tus bigotes

Gabriela.

¡Vaya qué viene usted de buen humor!

Enrique.

No es chanza, Gabrielilla, me has gustado de veras; y si quieres ponerte bajo mi direccion ..

Gabriela

¡Qué tal? ¿Y es este el que está tan enamorado de su muger? Si digo yo que to-

dos son iguales.

Enrique.

¿Pero que tiene que ver?....

Gabriela.

Nada.. ¿Y luego quieren que nosotras? .. Vaya, sobre que es una providencia de buen gobierno....

Enrique.

No paso por la providencia.

Gabriela.

¿No pasa usted? Pues tendrá que pasar: el que á hierro mata, á hierro muere.

Enrique.

Chica, te sales de la cuestion; aquí se trata...

Gabriela.

Se trata... ¿De que se trata? Vamos á ver si usted se acuerda

Enrique.

¿No me he de acordar? De que eres muy bonita y estás obligada á quererme.

Gabriela.

¡Bien dicho! Pues, señor, de nada de eso se trata, sino de que usted viene aquí á favorecer á su cuñado; y si hace usted su parte con la señorita, como hace la de su muger conmigo, no hay duda que estamos aviados.

Enrique.

Esa es harina de otro costal.

Gabriela.

Pues vamos á amasar con esta harina, y no perdamos tiempo.

Enrique.

Vamos.

Gabriela.

¿Viene usted bien informado de todo?

Enrique.

Creo que si.

Gabriela.

¿Sabe usted quien es don Ricardo?

Enrique.

Me parece que le retrataria sin haberle visto.

Gabriela.

¿Conoce usted á mi señor?

Enrique.

¡Oh!, á ese hace tiempo que le tengo tomada la medida.

Gabriela.

¿A mi señora doña Melitona, á la señorita doña Juliana?

Enrique.

Lo mismo que si las hubiera parido.

Gabriela.

¿Pues entonces qué falta?

Enrique.

Falta que me digas ¿si ha pasado alguna cosa notable desde que salió de aquí don Lucas?

Gabriela.

No ha pasado mas, sino que don Ricardo ha tenido una escaramuza con mi ama en el corredor, que habia para desternillarse de risa.

Enrique.

¿Como?

Gabriela.

Por que le he persuadido á que debe obsequiar á la madre antes que á la hija; y él es tan ejecutivo...

Enrique.

¡Cuánto me hubiera alegrado de verlo!

Gabriela.

Pues deje usted, que aun falta lo mejor.

Enrique.

¿Qué es?

Gabriela.

Que esta siesta debe ir por consejo mio á buscar al ama á su cuarto; y el caso es que le he hecho creer que el de su marido es el suyo; y cuando se encuentre con don Jorge...

Enrique.

¡Eres de la piel de Judas! ¡Y querrás que no te dé siquiera un par de abrazos!

Gabriela.

Eh, eh, que se sale usted de la cuestion.

Enrique.

No, no me salgo.. ¡Pero tu señorita...!

Gabriela.

Haga usted como que llega ahora. ¿A quién busca usted?

Enrique.

¿Están las señoras en casa?

Gabriela.

¿Quién es usted?... Señorita, esté caballero..

ESCENA IX.

Doña Juliana y don Enrique.

Juliana.

¡Jesus, Enrique!

Enrique.

¡Julianita!

Juliana.

¿De donde sale usted, hombre?

Enrique.

Acabo de llegar de Sevilla.

Juliana.

Ya lo decia yo, ¡ Tanto tiempo como hace que no nos hemos visto! ¿Y á que es la buena venida?

Enrique.

He estado alojado en casa de unos amigos de su familia de usted, y me han encargado mucho que haga á ustedes una visita en su nombre?

Juliana.

¿Quienes son?

Enrique.

¿ No lo adivina usted?

Juliana.

No por cierto.

Enrique.

Los padres de su novio de usted.

Juliana.

¡De mi novio!

Enrique.

Si, de don Lucas.

Juliana.

¡ Toma! ¿Y ese es mi novio?

Enrique.

Cuando yo me fuí lo era.

Juliana.

Ya se acabó eso.

Enrique.

Tambien lo sé.

Juliana.

¿Quién se lo ha dicho á usted?

Enrique.

El mismo

Juliana.

¡Que, ya se han visto ustedes!

Enrique.

Si vivimos juntos.

Juliana.

¿Como es eso?

Enrique.

Estoy alojado en la misma casa en que él está de huesped.

Juliana.

¡Y ya le ha ido á usted con el cuento!

Enrique.

¿Qué quiere usted? Yo me informé al instante de usted, y era natural que me dijera lo que pasaba.

Juliana.

¡Qué cosas le habrá dicho á usted!

Enrique

Algunas que he sentido mucho.

Juliana.

¿Por qué?

Enrique.

Porque si.

Juliana.

Pues es un villano; porque yo no he dado ningun motivo para que hable mal de mi.

Enrique.

Yo no he dicho que me ha hablado mal de usted; muy al contrario, siempre habla con el mayor decoro y respeto.

Juliana.

¿Pues entonces qué es lo que usted dice que ha sentido tanto?

Enrique.

¡Ay, Julianita!

Juliana.

¿Qué hay?

Enrique.

¿Le parece á usted poco sentimiento ver morir de nuevo mis esperanzas, en el punto mismo en que acababan de resucitar?

Juliana.

¿Qué dice usted que no le entiendo?

Enrique.

Demasiado me entiende usted.

Juliana.

No, á fe mia.

Enrique.

¿Con que no es verdad que está usted otra vez enamorada?

Juliana.

¡Yo enamorada!

Enrique.

Usted, Julianita, usted.

Juliana.

¿Y se puede saber de quien?

Enrique.

Si, que usted no lo sabe.

Juliana.

Si usted no lo dice.

Enrique

¿Quiere usted que la regalen el oido?

Juliana.

No, sino que no atino...

Enrique.

¿No atina usted con su huesped?

Juliana.

¡Jesus, qué disparate!..

Enrique.

¡Qué, tendrá usted valor de negar!...

Juliana.

¿Pues no he de negar, si es una mentira? ¡Yo enamorada del huesped!

Enrique.

¿Con que no?

Juliana.

¿Enrique, se burla usted de mi?

Enrique.

¡Ojalá que fuera burla!

Juliana.

Pues bien, si habla usted con formalidad crea usted qne no hay nada entre los dos; y que si alguna inclinacion le he tenido nacida de conformidad de ideas, se acabó tan acabado como lo de don Lucas.

Enrique.

¡Ay Julianita, si fuera eso verdad!

Juliana.

No lo dude usted Enrique: se lo juro á usted por lo mas sagrado. Pero, á todo esto, ¿que significan esas esclamaciones? ¿De cuando acá ha gustado usted de mi?

Enrique.

¿De cuando acá? ¡puede usted preguntarmelo! ¿Pues qué, no me ha visto usted desde el primer instante en que esa fisonomia encantadora apareció ante mis ojos, ciego, perdido, luchando con un afecto vehemente que me arrastraba al sepulcro...

Juliana.

Yo no he visto, que hiciera usted conmigo sino lo que hacen ustedes con todas: echarme le retaila acostumbrada

cuando estaba usted á mi lado, y no volverse á acordar despues del santo de mi nombre.

Enrique.

¡No volverme á acordar, bella Julia! ¡Puede usted proferirlo! ¡Puede usted calumniar asi la pasion mas violenta que experimentó jamas el corazon de un amante! ¿Acaso, la que inspiró á usted don Lucas, fascinaba de tal modo su espíritu que no veia mis continuos esfuerzos para resistir.....?

Juliana.

¡Que esfuerzos, ni que zanahorias! Lo que yo le veia á usted era, no perder contradanza ni Vals, y andar siempre embromando con todas.

Enrique.

¿Y que era todo eso si no querer sofocar á fuerza de ilusiones el sentimiento enérgico y profundo que tiranizaba mi corazon? Acosado sin cesar por él, reconociendo evidentemente que sinó le vencia iba á terminar mi existencia, un movimiento involuntario me impelia hacia todos los objetos que suelen dispensarnos alguna distracion. Esto era lo que me llevaba á todos los bailes y diversiones:

esto fué lo que me condujo á la Bética, y me hubiera conducido á Bahia Botanica....

Juliana.

¿ A donde dice usted que le condujo ?

Enrique.

A la Andalucía.

Juliana.

¿ Y se fué usted allá por mi ?

Enrique.

¿ Pues por quien habia de irme, adorada Julia ? Por usted, por huir de sus mortíferos ojos, por ver si esa tan decantada ausencia, que dicen que es el bálsamo de Malatz de las heridas amorosas, era capaz de fruncir un poco la mia : mas ¡ Ah que error tan grosero ! ¡ A mi balsamos ! ¡ A mi cataplasmas ! ¡ A mi moxas ! Ausencitas á mi ! ¡ Ah, bien caro lo he pagado ! Durante veinte y tres meses he sido el mas infeliz de los hombres.

Juliana.

¿ Pero, enemiguillo, por qué no me hablaba usted antes de marcharse como me está hablando ahora ?

Enrique.

¿ Y debia yo hacerlo, interesante amiga ? ¿ No estaba usted entonces apasionada de don Lucas ? ¿ Puede un alma sensible y

delicada conspirar contra la felicidad de dos amantes virtuosos? ¡Ah, mal haya aquel que interrumpe la armonia invisible de los corazones, y enronquece la melodia misteriosa que resulta de su union!

Juliana.

Bueno va: pero en fin la cosa no estaba hecha; podiamos reñir; podia descomponer nuestra boda; y hasta que no nos echasen las bendiciones siempre quedaba esperanza...

Enrique.

¿Pues que es lo que me tiene vivo, sino esa esperanza? ¿Cree usted que sino fuera por ella, hubiera yo podido resistir el tormento de respirar, de dormir, de alimentarme? ¿Qué hubiera tenido fuerza para hacer una visita, para asistir al teatro, para presentarme en un paseo?

Juliana.

Vaya, pues cuando ha resistido usted el tormento de pasear y de ir á la comedia, no estaba usted tan rematado.

Enrique.

¿Todo lo hacia maquinalmente y ademas, que importa que yo complaciera á mis amigos en esto, si por otra parte era la mas infausta victima de una ominosa pasion?

Si, idolatrado dueño, yo quisiera que usted me hubiese visto apurando las descomunales leguas de la Mancha, ó encaramandome por los fragosos vericuetos de la serrania de Ronda. ¡Cuantas veces, mezclando mis lágrimas con el rocio de la aurora, proferia entre dientes el dulce nombre de Julia, y este era el único desayuno que tomaba....mi corazon! Una noche me acuerdo ... pero estoy abusando de la bondad de usted y no quisiera importunarla mas!

Juliana.

No, no; diga usted lo que le paso.

Enrique.

Pues bien: ibamos á Antequera; llevabamos un guia; era un jóven que acababa de entrar en la borrascosa edad de las pasiones; su semblante respiraba la sencillez de las aldeas y el candor de los primeros años: pero el infeliz no podia ocultar su tristeza. Yo, aunque agoviado por mis amargos pesares, no tardé en descubrirla Todo el camino habia venido entonando canciones rústicas y melancólicas; pero agradables: de cuando en cuando arrancaba de su pecho profundos suspiros, que el mio repetia cual

simpático tornavoz. Ya no pudiendo resistir al deseo de consolarle, le pregunté qué era lo que le afligia. ¿Qué os importan mis penas? me respondió bajando los ojos. ¿Quedá alguna comunicacion entre un vivo y un muerto? "No, le dije:" pero entre dos muertos no hay ningun inconveniente para que se entable. Al oir estas palabras levantó la vista y de una sola ojeada, leyó todo lo que pasaba en mi corazon. No tengo que decir á usted que desde aquel instante reinó entre los dos la mayor franqueza. Me refirió su trágica historia tan difusamente, que fue menester pedirle que la compendiase. Era víctima de la inconstancia de una labradora que se iba á casar con otro. En esto al dar una vuelta el camino, descubrimos un tajado risco amenazando á las nubes. ¿Veis aquella roca? me dijo entonces mi guia. Aquella se llama la Peña de los enamorados. Desde allí se precipitaron dos amantes por no verse desunidos. Está bastante alto, respondí yo, compadecido de su suerte; sin duda se harian una tortilla Por fuerza, dijo él, y se siguió un gran silencio.

Juliana.

¿Y despues?

Enrique.

Despues, en un rapto de desesperacion le dige: ¿Amigo, porque no nos arrojaremos nosotros de ese peñasco? Ya se ve que sí, contestó él, y sin hablar mas palabra, nos agarramos del brazo, nos separamos de todos, subimos á la cúspide de la peña....

Juliana.

¿Y se arrojaron ustedes?

Enrique.

Ya habiamos tomado vuelo para precipitarnos; pero felizmente me ocurrió la idea consoladora que acaba usted de recordarme, y nos salvó por entonces la vida.

Juliana.

¿Cómo?

Enrique.

Le insinué que hasta que no estuvieran consumados los matrimonios de mi inhumana y de su infiel, no debiamos recurrir á un remedio tan eficaz como el propuesto; y así quedamos apalabrados para reunirnos el año que viene en el mismo sitio, y despachurrarnos bonita-

mente, si acaso se verificasen las alabanzas.

Juliana.

¡Oh Dios, Enrique! ¿Y pensais que yo lo permitiré?

Enrique.

Mucho me alegraré que lo impidais; pero á no ser que premieis mi amor...

Juliana.

Aun cuando no le premie....

Enrique.

No, esa es grilla.

Juliana.

¿Pues, qué no me obedecereis?

Enrique.

Si os casais con otro, no por cierto.

Juliana.

Pues yo...

Doña Melitona (desde adentro)

Juliana.

Juliana.

¡Ay! Mi madre me llama, Enrique ya que no le han visto á usted, vayase y vuelva á la tarde á hacernos la visita.

Enrique.

Si, ¿pero en qué quedamos?

Juliana.

En que vuelva usted á la tarde.

Enrique.

¿No mas?

Juliana.

¿No es bastante?

Enrique.

A Dios encantadora Julia.

Juliana.

A Dios, Enrique. ¡Jesus! Esta noche voy á soñar con el peñasco.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Doña Juliana y Gabriela.

Gabriela.

Señorita, ¿ que sugeto es ese que estuvo antes de comer, hablando tanto tiempo con usted?

Juliana.

Qué te parece de figura?

Gabriela.

¡Caramba, muy buen chico!

Juliana.

Es un oficial del estado mayor francés. ¡Si vieras que amable es, que caracter tiene tan ideal, tan elevado tan platónico.!

Gabriela

¡Ay señorita! Yo no sé lo que significa; pero eso de platónico me suena mal.

Juliana.

Quiere decir que tiene unas ideas tan exaltadas en punto al amor...

Gabriela.

¿De suerte que le parece á usted preferible á don Ricardo?

Juliana.

No hay comparacion.

Gabriela.

¿Y de dónde le conoce usted?

Juliana.

Pues si hace cerca de tres años que está perdido por mí.

Gabriela.

¡Cerca de tres años! ¿Y cómo no le hemos visto hasta ahora?

Juliana.

Porque se marchó á Andalucía desesperado de ver que yo manifestaba inclinacion á don Lucas; y por poco no le cuesta la vida al pobre.

Gabriela.

¡Pobrecito de mi alma! ¿Se puso tan malito?

Juliana.

Malo no se puso; pero se quiso hechar por un despeñadero abajo.

Gabriela.

¡Ay Dios mio! ¡Por un despeñadero! ya se vé, y no faltó una buena que se lo impidiera.

Juliana.

El mismo se contuvo, porque reflexionó que mientras tanto que yo no estuviese casada todavia quedaba algun remedio para él.

Gabriela.

¿Y ya sabrá que está usted vacante?

Juliana.

Pues por eso ha venido á verme.

Gabriela.

¡Haya picarillo! ¿Conque habran quedado ustedes acordes?

Juliana.

¿Estás en tu juicio? ¡A la primera conversacion!

Gabriela.

¿Y porqué no?

Juliana.

Es preciso conducirse con mas decoro.

Gabriela.

Dice usted bien; es preciso hacernos desear, porque los hombres son unos canallas. Sin embargo, si tiene un genio tan acalorado, y le dá otra vez la ventolera de matarse.

Juliana.

No, ahora no.

Gabriela.

¿Que no? Fiése usted mucho. Puede ser que el dia menos pensado se suba á la torre de Santa Cruz, se encarame en las campanas como los muchachos, y zas.

Juliana.

No es eso para todos los dias; ademas que no he dejado de darle algunas esperanzas.

Gabriela.

¡Y qué bien que ha hecho usted? ¿De suerte, señorita, que ya no tratará usted de encerrarse herméticamente?

Juliana.

¡Ya ves viene tan rodado el lance!

Gabriela.

Dejarle rodar, mas vale eso, que no qne ruede un cristiano tan bonito por un barranco.

ESCENA II.

Dichas, don Jorge y Ricardo.

Jorge.

¡Ay! ¡Vade retro!... ¿De parte de Dios te pido que me digas quién eres?

Ricardo.

No huir, no huir, bela.... ¡Sacristí!

Jorge.

¡Hombre es usted! ¡Pues qué demonios!

Ricardo.

Pardon, mon amí.

Jorge.

¿Está usted dado á Barrabás?

Ricardo.

Ser un error lamentabl.

Jorge.

¿Pero á quién se le ocurre?....

Ricardo.

Una pasíon devoranta.

Jorge.

¿Una pasion? Diga usted dos docenas de pasiones; porque usted a mi muger, á mi hija, á las tertulianas, y á todo el mundo.

Ricardo. (1)

¡Ah drolesa! Tu mi trompar.

Jorge.

¡Voto va chicho!

Ricardo.

Me sí....

---

(1) A Gabriela.

Jorge.

¡Venir á sorprenderme en mi mismo cuarto!

Ricardo.

Anfen....

Jorge.

En fin ¿qué es lo que usted quiere? Ya ve usted que esto no puede seguir así.

Ricardo.

Ma fúa habeis razon. Sois un galante hombre é mi non debe chagrinarle mas tiempo. Vuasí la verita, yo mi querer casar con la siñoreta.

Jorge.

¿Dice usted que se quiere casar con mi hija?

Ricardo.

Sí quiere, siñor.

Jorge.

¿Y por qué no se casan ustedes?

Juliana.

¡Casarse conmigo! ¡Cómo!

Jorge.

¿Cómo? Alla lo verás.

Juliana.

¿Padre, está usted en su juicio? Yo no quiero casarme con él.

Jorge.

¿No quieres? Peor para tí, porque te casarás sin gana.

Juliana.

No me casaré.

Jorge.

¿No te casarás? ¡Ya estás fresca! Te casarás, y al instantito.

Juliana.

¡Qué dice usted padre! ¡Con un hombre á quien aborrezco!

Jorge.

¡Ola, le aborreces!

Ricardo.

Siñoreta Yulia, gran mercí.

Juliana

Si, señor, le aborrezco á usted, y no le daré la mano aunque se junte el cielo con la tierra.

Jorge.

Se la darás y tres mas, ó haz cuenta que llegó el fin de tu vida.

Juliana.

Pero, señor, si es una persona que no me conviene.

Jorge.

¿No te conviene? ¡Ahora salimos con eso! ¿Despues que han estado ustedes

moneando tanto tiempo del modo que han estado, que parecian los amantes de Teruel? ¿Despues de haber escamado al pobre don Lucas, que es hijo de un amigo mio? ¿Y ahora dices que no te conviene? Pues amiga cargarás con él ó reventarás. ¿Qué no hay mas que ser una loca, una calaverilla?

Juliana.

¡Tambien es fuerte suplicio!

Jorge.

Fuerte ó flojo has de tragarle, y no me repliques mas; porque te haré y te acontecere....

Ricardo.

No si alterar mi bello padre, la siñoreta Yulia estar una buena mochacha, é no quiere....

Jorge

¿Pero no ve usted la resistencia que hace?

Ricardo.

Ser un efecto de la pudor virquinal.

Juliana.

No hay mas pudor sino que no me caso con usted aunque supiera... ¡Primero me escaparé de casa!

Jorge.

¿Te escaparás? Me alegro que me lo hayas avisado. Bueno es vivir prevenido. Mañana mismo te soplo en el convento con tu tia, y no sales de allí sino para casarte ó para el campo santo.

Juliana.

¡Dios mio de mi vida!

Ricardo.

Mi non tener dificultá por lo convento; me primero conviene de formar lo contrato.

Jorge.

¿Que contrato?

Gabriela.

Las capitulaciones. (1) ¿No vé usted que la quiere dotar.

Jorge.

¡Ah si! tiene usted razon Voy á buscar nu escribano amigo mio, y esta noche estenderemos el pacto matrimonial.

Ricardo.

Soy de acuerdo.

Juliana.

¿Esta noche?

---

(1) En voz baja a don Jorge,

Jorge

Sin falta.

Juliana.

¡Es posible, padre, padre!

Jorge.

Hija, hija.

Juliana.

¡Puede usted!

Jorge.

¿Pues no tengo de poder?

Juliana.

¿Quiere usted sacrificarme?

Jorge.

¿Y por qué no?

Juliana.

¿Hacer la desgracia de mi existencia?

Jorge.

Y el reposo de la mia.

Juliana.

¿Pero como?

Jorge.

Comiendo y la boca abriendo.

Juliana.

¿Pues qué la voz de la sangre...?

Jorge.

La sangre no tiene voz.

Juliana.

¿La ley de la naturaleza?

Jorge.

¿Qué naturaleza, ni que ocho cuartos?

Juliana.

Hasta la simple humanidad...

Jorge.

¿Quién hace caso de una simple?

Juliana.

¿Que no hay ningun remedio?

Jorge.

Casarse.

Juliana.

¿No me concederá usted...?

Jorge.

Casarse.

Juliana.

¿Siquiera algun tiempo ..?

Jorge.

Casarse.

Juliana.

Para llorar amargamente...

Jorge.

Eso si, llora hasta que te quiebres.

Juliana.

¿Pero á lo menos...?

Jorge.

Prevente para firmar esta noche las capitulaciones, y mañana por la mañana marchar al convento: con dos mudas de

ropa tienes lo bastante. Venga usted, amigo, veremos si está aun don Benigno en su casa?

Ricardo.

¿Qué don Beniño?

Jorge.

Don Benigno Cordero, el escribano que ha de estender las capitulaciones.

Ricardo.

Alon. ¡O que de gusto mi promete lo himineo.

ESCENA III.

Dichas menos los dos.

Juliana.

¿Lo has oido, Gabriela?

Gabriela.

Ya lo he oido.

Juliana.

¿Será posible que mi padre ejecute lo que ha dicho?

Gabriela.

Mucho temo que si; bien sabe usted lo testarudo que es.

Juliana.

¡Puede llegar á mas el abuso de la autoridad paternal....!

Gabriela.

¡Calle usted por Dios!

Juliana.

¡El rigor del predominio doméstico....!

Gabriela.

Es una barrabasada.

Juliana.

¡Querer asimilar unas moléculas tan hetereogéneas!

Gabriela.

¡No son malas berengenas! Pero aguarde usted que allí viene quien lo remediará todo.

Juliana.

¡Oh Dios, Enrique, el cielo me le envia! Vé, Gabriela, ponte al balcon y avisanos si vuelve padre

Gabriela.

Pierda usted cuidado, que no los sorprenderán á ustedes.

ESCENA IV.

Doña Juliana y don Enrique.

Enrique.

¡Juliana amada!

Juliana.

¡Ay Enrique, soy la mas infeliz de todas

las mugeres!

Enreque.

¿Pues qué hay?

Juriana.

Mi padre quiere absolutamente que me case con el huesped, ha ido á buscar al escribano para éstender las capitulaciones, y mañana á las siete van á llevarme á un convento, de donde no saldré sino para dar la mano á mi enemigo.

Enrique.

¿Y qué piensa usted hacer?

Juliana.

¿Qué quiere usted que haga? Morir.

Enrique

¿Morir? No me disgustaría ese remedio, con tal de que pudieramos morir de un modo augusto y memorable; pero como? se consigue eso aqui? Si estuviéramos siquiera en la Peña de los enamorados....

Juliana.

¡Ojalá Dios!

Enrique.

¿Oiga usted? Mañana á las dóce sale la diligencia de Andalucía. Si quiere usted que tomemos dos asientos de cabriolé...

Juliana

Mañana á las doce estaré yo sepultada en

el convento.

Enrique.

Entonces no puede ser; y por otra parte ¿Qué quiere usted que le diga? Me parece que sin ese recurso, que siempre estamos á tiempo de tomar, nos quedan otros, sino tan brillantes, por lo menos algo mas cómodos.

Juliana.

¿Y cuales son?

Enrique

¿Pues qué no puede usted refugiarse en cosa de alguna parienta, mientras se dispone nuestro matrimonio?

Juliana.

No tengo de quien fiarme.

Enrique

Yo me encargo de buscar á usted un asilo.

Juliana.

¿Y si me descubre, como debo temerlo de mi desgracia?

Enrique.

Pues entonces poner tierra en medio.

Juliana

¿Y adonde he de ir?

Enrique.

A donde se vea usted libre de sus opresores; á Francia. Mire usted, Julianita,

dentro de tres ó cuatro dias sale para Burdeos una señora respetable y muy amiga mia. Es muger de uno de nuestros generales y se vuelve á su casa con tres hijos pequeños y sus criados. Estoy seguro de que en hablandola yo la llevará á usted consigo. Nó podia usted apetecer una compañia mas apreciable. Entre tanto pido yo licencia para seguir á usted, marcho de aquí, y no dude ustedes de que los alcanzo en el camino.

Juliana.

¿Y luego que estemos en Francia?

Enrique.

Luego, nos casaremos, si usted quiere.

Juliana.

Ay Enrique, yo me casaria con usted; pero le aseguro que estoy tan desengañada del mundo, tan harta de tratar con las gentes, que no desearia mas que vivir en una soledad apacible, lejos del bullicio y de las asechanzas de los hombres

Enrique.

Pues bueno, huiremos de las poblaciones, haremos una vida campestre. . ó sinó... todavia es mejor, y me parece que mas adecuado á su genio de usted, nos iremos á Alemania y nos haremos hermanos Mo-

ejaos. ¿ Tiene usted noticia de los hermanos Moravos ?

Juliana.

No tengo ningun antecedente.

Enrique.

¿ Como ? ¿ No ha leido usted las veladas de la quinta ?

Juliana.

Si ; pero no me acuerdo.

Enrique.

Pues , amiga , el establecimiento de los hermanos Moravos , es lo mas delicioso que usted se puede figurar . Imagine usted que son un crecido número de matrimonios virtuosos que se juntan a vivir retirados del mundo. Los hay en varias partes de Europa . Los que yo he visto , y á los cuales nos reuniremos , habitan el principal castillo de los condes de Turingia. Es una posesion tamaña como una ciudad de segunda clase. Su situacion es la mas pintoresca. Está colocada en forma de anfiteatro a la falda de una elevadisma montaña. Toda ella está cuajada de pueblecillos , casas de campo y hermitas. A los pies del castillo hay un anchuroso lago muy abundante de esquisita pesca , la cual en aquel territorio se

hace siempre de noche. Es un espectáculo tan pasmoso como agradable, el que presentan aquellas dormidas aguas, cuando al dar la primera campanada de las nueve el relox del castillo, empiezan á cubrirse de barquichuelos iluminados con farolillos de todos colores. Al mismo tiempo resuena toda la orilla con los himnos de las jóvenes que esperan á sus esposos para ayudarles á sacar la pesca. Entonces tambien suelen aparecerse entre las almenas de la fortificacion unos vapores azulados, que llenan al vulgo de cierto horror supersticioso.

Juliana.

¿Porqué?

Enrique.

Los aldeanos de los contornos creen que son las almas de sus antiguos señores los condes de Turingia.

Juliana.

¡Ay Dios mio, almas del otro mundo!

Enrique.

¿Y que? Sino se meten con nadie, ni yay egemplar de que hayan dicho una sola vez esta boca es mia.

Juliana.

¿Pues que hacen allí?

Enrique.

Se salen á tomar el fresco.

Juliana.

¿Y nada mas?

Enrique

Algunos ilusos dicen que sacan su pipa y se ponen á fumar con un gran tarro de cerveza al lado; pero es un disparate creer que nadie los haya visto.

Juliana.

Y¿ si nos vamos allá de que hemos de vivir?

Enrique.

Los hermanos Moravos todos trabajan y tienen sus tiendecitas, en donde venden los productos de su industria. Nosotros haremos lo mismo. ¿Tiene usted alguna habilidad particular?

Juliana.

Dicen que hago muy bien los dulces.

Enrique.

Y yo los pasteles: pondremos una especie de confiteria suiza, y viviremos como unos papinianos ¿Y que dulces son los que hace usted mejor?

Juliana.

El de acerola, el de calabaza, y el de tomate.

Enrique.

¡Brabisimo? Los hermanos Moravos se mueren por el dulce de tomate.

Juliana.

No me enfada mas sino eso de vestir siempre de morado.

Enrique.

¿Como de morado?

Juliana.

¿No dice usted que se llaman los hermanos morados?

Enrique.

Morados no; Moravos.

Juliana.

Toma, yo habia entendido morados ¿Y como se visten?

Enrique.

En un trage sencillo; pero elegante.

Juliana.

De suerte que se puede una poner sus rizos y su peineta de concha.

Enrique.

¿Quien se lo ha de qnitar á usted?

Juliana.

¡Ay Dios mio! Ya quisiera estar allá.

Enrique.

De usted sola depende.

Juliana.

¿De mi? ¡Ay Enrique todavia falta hablar de lo principal!

Enrique.

¿De qué?

Juliana.

De lo mas dificil. ¿Como me escapo yo sin esponerme á ser sorprendida?

Enrique.

De un modo muy sencillo: en acabando de anochecer, coge usted las vueltas á los de casa, se sale usted, yo la aguardo en la esquina, la llevo en casa de la generala, y punto cócluido.

Juliana.

Desde antes de anochecer empiezan á venir a casa: si alguno me encuentra y me conoce...

Enrique.

¿Hay mas que disfracàrse?

Juliana.

Aunque me dísfrace, si vienen unos muchachos tan malditoc!

Enrique.

¿Pero la conoceran a usted disfrazada de honbre?

Juliana.

Disfrazada de hombre, tal vez no.

Enrique.

Pues disfrazarse así.

Juliana.

¿Y de dónde he de sacar yo ahora vestido de hombre? Mi madre tiene todas las llaves.

Enrique.

Ahora tambien es dificil, que yo se lo envie á usted á propósito; porque no hay tiempo: ademas de que si por casualidad al traer el lio, tropezase el criado con su padre de usted ó su madre...

Juliana.

Gabriela tiene alguna ropa de hombre que le dejó un tio suyo que murió en el hospital; pero qué ¡si es tan ridícula!

Enrique.

¿Porqué?

Juliana.

Si era un soldado de inválidos, y creo que ella lo ha vendido todo, menos e uniforme y un vestido de ranchero.

Enrique.

Pues eso es lo que nos conviene ¿Quién la ha de conocer á usted en pantalon y camiseta ancha?

Juliana.

¿Me habia yo de vestir de ranchero?

Enrique.

¿Y porqué nó?

Juliana.

¡De ranchero!

Enrique.

No lo llame usted de ranchero: el nombre no significa nada. Ni es un trage ridículo; es un verdadero desabillé militar.

Juliana.

Diga usted, en los tres ó cuatro dias que tardará la generala en irse, y que yo estaré escondida en su casa, ¿no se padrán dar algunos pasos para ver si mi padre desiste de su empeño, y me deja en libertad para no casarme, ó casarme con quien yo quiera?

Enrique.

Ya se ve que se podran dar.

Juliana.

Pues entonces no tengo ya reparo en hacer lo que usted me propone.

ESCENA V.

Los mismos y Gabriela.

Gabriela.

Señorita, su padre de usted ha vuelto la esquina, y se dirige á trote largo hacia acá.

Juliana.

A Dios, Enrique: no nos vean juntos. Lo dicho, dicho.

Enrique.

A Dios, Juliana; no se arrepentirá usted de haberse fiado de mí.

ESCENA VI.

Don Enrique y Gabriela.

Gabriela.

¿En qué han quedado ustedes?

Enrique.

¡Ay es una bagatela! En que dentro de un rato voy á esperarla á la esquina, y ella vendrá á buscarme disfrazada de ranchero.

Gabriela.

¡De ranchero!

Enrique.

Si; con el vestido de un tio tuyo, que murió en el hospital.

Gabriela.

¡Pobre señorita! Ya me pesa de haber contribuido á esta burla.

Enrique.

Déjala; no se le quebrará ningun hueso, y así escarmentará de sus manías.

Gabriela.

¿Y qué piensa usted hacer con ella?

Enrique.

Nada; darla un buen paseo por las calles, y volvermela á traer á casa con algun pretesto.

Gabriela.

Pero si nadie la vé, no tendrá porque avergonzarse de su yerro, y no surtirá efecto la medicina.

Enrique.

Ya haremos que la encuentre alguno; aunque solo sea don Lucas.

Gabriela.

Ese no; porque le tomará mas aborrecimiento.

Enrique.

Pues bien, su padre, ó su madre.

Gabriela.

Si, pero no basta curarla; es menester tambien impedir el casamiento con el huesped, y verificar el de don Lucas.

Enrique.

De eso yo respondo.

Gabriela.

¡Oh! pues si usted responde de eso, yo tambien me encargo de que se encuentren ustedes con don Jorge y doña Melitona, y vestidos igualmente de mogiganga. ¡Ola! que no he de ser yo menos que ustedes.

Enrique.

Tanto mejor; será la fiesta completa: pero me voy antes que llegue tu amo.

Gabriela.

Ya no es posible, porque está llamando á la campanilla.

Enrique.

No importa: el no me conoce. Dile que he venido equivocado.

ESCENA VII.

Don Jorge y Gabriela.

Jorge.

¿Qué buscaba ese oficial?

Gabriela.

Venia preguntando por el pagador del egército.

Jorge.

¿Y se ha entrado hasta aquí?

Gabriela.

Se encontró la puerta abierta, y no habia nadie en la antesala.

Jorge.

¡Maldita costumbre!

Gabriela.

Si ha sido ese bruto del carbonero, que no la cierra nunca.

Jorge.

Yo te prometo, que si la veo otra vez abrie rta....

Gabriela.

Vaya, déjese usted de tonterías, y guarde su cólera para despues.

Jorge.

¿Que guarde la cólera?

Gabriela.

Si, que tendrá usted necesidad de ella.

Jorge.

¿Cómo que tendré necesidad?

Gabriela.

Quiero decir, que necesita usted armarse de todo su valor y toda su prudencia.

Jorge.

¿Pues qué hay, muger; que hay?

Gabriela.

Señor, yo siento infinito haber de dar á usted un gran sentimiento.

Jorge.

¿Pero qué es lo que sucede?

Gabriela.

¡Ay amo de mis entrañas, si usted supiese!....

Jorge.

¿Que he de saber, qué he de saber? ¿Quién se ha muerto en casa?

Gabriela.

No se ha muerto; pero está á la estremidad.

Jorge.

¿Quién, muger, quien?

Gabriela.

Lo que usted mas quiere en este mundo.

Jorge.

¿Quién? ¿Mi empleo?

Gabriela.

No, señor; su honra.

Jorge.

Eso es distínto. ¿Pero qué peligro corre mi honra?

Gabriela.

Corre un temporal deshecho.

Jorge.

¿De dónde lo sabes tú?

Gabriela.

De lo que he visto; de lo que he oido.

Jorge.

¿Qué has visto? ¿Qué has oido?

Gabriela.

He visto solamente que mi ama y don Ricardo van á escaparse á Francia esta noche.

Jorge.

¿Pero, niña, tú crees eso?

Gabriela.

No lo creo, sino que estoy cierta de que vá á suceder.

Jorge.

¿Pues que debo hacer?

Gabriela.

¿No cree usted en ello?

Jorge.

Te aseguro que no.

Gabri la.

Pues lo que usted debe hacer es ir á esperar á la esquina; echarse encima cuando pasen, y que no puedan negarlo.

Jorge.

Toma; dirán que van á otra parte.

Gabriela.

¿Cómo lo han de decir, si ella va disfrazada?

Jorge.

¿Disfrazada?

Gabriela.

Si, señor; de ranchero.

Jorge.

¡Jesus mil veces! ¡De ranchero! Vaya, si en llegando las mugeres á cierta edad, se vuelven fatuas

Gabriela.

Eso consiste en la consistídura.

Jorge.

Pues hija, voy á seguir tu consejo; voy á esperarlos en la esquina; y yo te aseguro que andará la marimorena. A Dios.

Gabriela.

Espere usted un poco.

Jorge.

¿Para qué?

Gabriela.

Es preciso precaverlo todo. Ya ve usted, él es un hombre que ha echado, como se suele decir, el pecho al agua; y si se ve de repente descubierto, podria ser

que hiciera con usted una tropelía.

Jorge.

¿Esas tenemos?

Gabriela.

No seria estraño.

Jorge.

¿Y cómo se evita?...

Gabriela.

Usted debe disfrazarse tambien.

Jorge.

¡Disfrazarme!

Gabriela.

Si, señor; y de muger.

Jorge.

¿Estás en tu juicio?

Gabriela.

Lo que usted oye: estando disfrazado de muger, puede usted impedirles el paso y llamar gente para que los detengan. Finja usted la voz para que no le conozcan al pronto; y lo que es pensar que don Ricardo le dé á usted una estocada mientras le tenga por muger; eso de ningun modo.

Jorge.

No dices mal.

Gabriela.

Otra idea me ocurre.

Jorge.

Dila, dila.

Gabriela.

Si, esto acabará de aseguarar á usted. Mire usted, en la esquina de enfrente se pone todas las noches sin falta un inválido, que segun creo, espera á alguna muger: coloquese usted cerca y cuando llegue el caso, gritele usted militar, favor al Rey. Ahora vayase usted á mi cuarto, pongase usted mi vestido de percal y mi mantilla vieja, y escabullase pronto.

Jorge.

¡Que buena cabeza tienes, chica! Imposible que si te llegas á casar no se resienta alguna otra de la bondad de la tuya.

Gabriela.

Vamos, avive usted y no diga simplezas.

ESCENA VIII

Gabriela.

Este ya va despechado; ahora es preciso ver como vestimos á doña Melitona de invalidos. No será imposible, valiendose de la misma invencion poco mas ó menos. Catala aquí.

ESCENA IX.

Doña Melitona y Gabriela.

Melitona.

¿Gabriela?

Gabriela.

¿Señora?

Melitona.

¿Qué estás haciendo?

Gabriela.

Nada.

Melitona.

Pues mira, sino tienes que hacer, podiamos ir á colgar aquellas uvas que trageron el domingo, que se están pudriendo todas en la banasta.

Gabriela.

Déjeme usted por Dios de uvas.

Melitona.

¿Porqué?

Gabriela.

Porque no estoy yo ahora para nada.

Melitona.

¿Qué, te has puesto mala?

Gabriela.

No señora.

Melitona.

¿Pues qué tienes?

Gabriela.

¿Qué he de tener, cuando vé usted lo que está pasando en casa?

Melitona.

¿Qué es lo que esta pasando?

Gabriela.

No es cosa, que la señorita se va á escapar esta noche.

Melitona.

¡Virgen de la soledad! ¿A escaparse? ¿Y con quien?

Gabriela

Con un oficial que dicen que es muy rico y muy buen sujeto; pero ya sabe usted lo que son los hombres: en teniendola en su poder Dios sabe lo que hará.

Melitona.

¿Lo que hara? No hará nada por vida mia; porque ahora mismo la voy á encerrar con llave.

Gabriela.

Eso es, acabe usted de desesperarla, para que se cuelgue de una viga.

Melitona

¿Que se ha de colgar?

Gabriela.

Si, que no es muger para eso: parece que usted no la conoce, y mas habiendola puesto en el precipicio como ha hecho su padre.

Melitona.

¿Que precipicio?

Gabriela.

¡Jesus: que afan de señora! ¿Con que no sabe usted que su padre se ha empeñado en casarla con el huesped; que esta noche se han de firmar las capitulaciones, y que la señorita permitiria primero que la asaeteasen?

Melitona.

¿Y por eso quiere escaparse de casa?

Gabriela.

Por eso; por que su padre ha jurado que la va á meter mañana en el convento con su tia, y que no saldrá de allí sino para casarse con don Ricardo, ó para el cementerio...

Melitona.

Pero...

Gabriela.

No hay mas pero ni manzana, sino que si la señorita se viera encerradr, ó casada con don Ricardo, se quitaria la vida: con

que mas bien que morir quiera casarse con otro ; y en eso le alabo el gusto.

Melitona.

¿Y he de consentir yo que se la lleven?

Gabriela.

Yo no digo que usted lo consienta.

Melitona.

¿Pues como se ha de gobernar este fregado?

Gabriela.

¿Si usted fuera otra...?

Melitona.

¿Qué haria?

Gabrielà.

Aun pudiera tener compostura.

Melitona.

¿Cual?

Gabriela.

¿Para que hemos de gastar saliva en val- si usted no lo ha de hacer?

Melitona.

¿Porque no? ¿Pues que habrá que yo no haga por el bien mi hija?

Gabriela.

Esto, que es una bicoca ; pero usted creerá que es un disporate, y no conocerá que no se podría encontrar nada mas conducente.

Melitona.

Pues dilo, muger, dilo, y yo te prometo que lo haré.

Gabriela.

Mire usted, señora, cuando doña Julianita estaba en la mayor aflicion, llegó ese oficial á quien ella conocia, y sabido el caso, se ofreció a sacarla de aqui y casarse con ella. Si esto se verificase, no habria mas que pedir; porque es mucho mejor partido que don Ricardo. Pero ya digo á usted, si el la agarra entre sus uñas, no sabemos lo que sucederá despues. Convendría, pues, tratar de comprometerle y para esto no hay mejor arbitrio que el ir á esperarlos usted a la esquina y detenerlos cuando pasen: pero es menester qua vaya usted disfrazada, porque sino la puede á usted conocer desde lejos y se yerra el golpe.

Gabriela.

¿Y como me tengo de disfrazar?

Gabriela.

Si quiere usted seguir mi consejo, debe usted disfrazarse con el uniforme de mi tio, el que murió en el hospital.

Melitona.

¡Vestirme de invalido!

Gabriela.

Si señora: ya ve usted un militar infunde siempre mas respeto, y asi puede usted cuando pase cogerla del brazo, y decir: «Esta señorita va arrestada de orden superior.» El entonces no podrá replicar ni abandonarla tampoco en poder de un soldado, y aqui trataremos de convencerle, lo que no será dificil viendose al fin descubierto, y el honor de la señorita comprometido.

Melitona.

¿Que quieres que te diga? Me parece que despues de todo lo mas acertado es enjaularla.

Gabriela.

Pues bien, vaya usted á enjaularla; echela usted cien llaves, que bonitos veinte granos de opio tiene ella guardados á prevencion en una cajita, para que ninguno la haga violencia.

Melitona.

¡Veinte granos de opio!

Gabriela.

Veinte, ó veinte y cuatro, en una bonbonecita de nacar.

Melitona.

¿Y adonde la tiene?

Gabriela.

Si vaya usted á preguntarselo.

Melitona

¡Jesus, Jesus, voy á vestirme de inválido! ¡Ay hijos, lo que nos costais!

ESCENA X

Gabriela.

Capitulo de otra cosa. Pues señor; el chasco sería que no se encontrasen; pero no, el cuñado está muy listo, y si fuere menester no le faltara escusa para pasarla veinte vezes por la esquina del apostadero. No hay mas: habrá jaranitas: ¿Y luego que remedio les queda sino componerse? Ya está aqui don Lucas!

ESCENA XI

Don Lucas y doña Gabriela.

Gabriela.

¿Sabe usted el estado de la conjuracion?

Lucas.

Todo lo sè, y te aseguro que soy tan debil, que siento la humillacion que va á pasar Julianita cuando se vea descubierta.

Gabriela.

Andese usted con escrúpulos. ¿ No vale mas que se vea un poco sonrojada, que no que se haga infeliz ella misma y á usted igualmente ?

Lucas.

Eso es verdad, pero yo tengo otro motivo para sentir que se haya precipitado este negocio.

Gabriela.

¿ Cual es? ¡ Ay Dios las primas! ¿ Quien diablos las trae tan temprano ? Me voy por no verlas. Abur : luego me dirá usted esa cosa.

ESCENA XII

Don Lucas, doña Casimira, doña Gertrudis, y doña Bernarda.

Casimira.

¿ Está usted guardando la casa ?

Lucas.

Efectivamente, porque todos han salido.

Gertrudis.

¿ Todos ?

Lucas.

Los amos, se entiende.

Casimira.

¿Y adonde?

Lucas.

No sé; pero creo que pronto volverán.

Bernarda.

Nosotras hemos ido á hacer visitas; pero no sé que tiene, que jamas hallamos á nadie en casa. Con que dijimos vamos allá, por tres cuartos de hora mas ó menos no vale la pena de volver hasta el portillo de Gelimon.

Lucas.

Ya se ve que no.

Getrudis.

¿Y don Ricardo tanbien está fuera?

Lucas.

Creo qne si.

Casimira.

¡Muger, quien pregunta eso! Donde va la mona, va el mono.

Lucas.

¡Firme, amiguitas! A bien que ahora no lo oyen,

Bernarda.

¡Toma! ¿Y á usted que le va ni le viene?

Casimira.

Ya ves como es el sobresaliente de la

compañia.

Lucas.

Mas quiero ser mete sillas y saca muertos en su compañia, que primer galan en otras.

Casimira.

Primero es que le admitieran á usted en ninguna.

Lucas

Supongo que no; pero yo tampoco lo pretendo.

Gertrudis.

Dejale, muger; ¿no ves que está el pobrecito celoso?

Bernarda.

Ya pudiera estar acostumbrado.

Gertrudis.

¡Es verdad que hombre mas aproposito para marido!

Casimira.

Eso y mas merece el que se enamora de una loca.

Lucas.

Loca del modo que ustedes la entienden no lo es, tiene sus caprichos; pero no llegan al corazon, y si se casa será muger de bien.

*

Gertrudis.

¡Eso si que es saber hacer un elogio!

Lucas.

A cada uno se le debe elogiar en aquello en que sobresale; á ustedes sería en otra eosa: diria, por ejemplo, que se visten muybien que tienen mucha habilidad para poner faltas, y que son un modelo de bondad y candor.

Gertrudis.

¿Y á ella que es muy virtuosa?

Lucas.

Muy virtuosa y muy linda.

Bernarda.

¿Tambien eso?

Lucas.

¡Calla! ¿Pues que ha habido nadie que lo dude hasta ahora!

Casimira.

¡Esto es lo único que no puedo llevar en paciencia! ¡Hombre, aunque tuvieran ustedes los ojos á componer!

Bernarda.

Hija, quien feo ama hermoso le parece.

Gertrudis.

No es eso, sino que ella le habrá hecho alguna moneria hace poco, y al pobre

simple se le cae la baba con eso.

Lucas.

Precisamente debo estar muy satisfecho ahora que se va à casar con don Ricardo.

Todas.

¡Se vá á casar!

Lucas.

Esta noche se firman las capitulaciones.

Casimira.

¡Bendito sea Dios! Hay mugeres que nacen con fortuna!

Gertrudis.

No creas nada: si lodice por oirnos.

Lucas.

Ahi viene el interesado; pueden ustedes preguntarle si es verdad.

ESCENA XIII.

Los mismos y don Ricardo.

Ricardo.

¿Está de retorno mi bello padre? Buenas noches á la compañia.

Lucas.

No hay nadie en casa.

Ricardo.

Mi non poder hacer venir lo notario;

estar presado por un testamento mes luegue venirá.

Casimira.

¿Con qué se casa usted don Ricardo?

Ricardo

Estar un artículo finido: vosotros me sereis testigos todos Esta noche contrato, mañana fiansallas, luegue publicar bandos; y an fen la benediccion.

Bernarda.

Vaya, que sea enhorabuena, nos alegramos muchísimo.

Gertrudis.

Amigo, ha tenido usted muy buen gusto y mucha fortuna Yo sé quien daria los dedos de la mano... ¡Ay Dios! ¿Qué alboroto es este?

ESCENA XIV.

Los mismos, don Jorge, don Enrique, doña Melitona y d ña Juliana.

Juliana.

No me abandone usted, Enrique.

Enrique.

No tema usted, Julianita, nadie la agraviará á usted mientras yo viva.

Jorge.

Señor militar, saque usted el sable...! Demonio! ¡ Melitona !

Melitona.

¡ Don Jorge ! Aquella perra se ha burlado de nosotros.

Casimira.

¿ Pero que laberinto es este ?

Jorge.

¿ Dí, bribona, donde ibas ?

Melitona.

Todo eso está demas : lo que es menester es que el señor se case con ella.

Enrique.

¿ Yo, señora ?

Jorge.

¿ El señor ? No en mis dias : yo he empeñado mi palabra á don Ricardo y se la cumpliré.

Ricardo.

Don Corque dice mucho bien : yo ser lo esposo la de su hica.

Gertrudis.

¿ Y tendrá usted valor de casarse ?

Ricardo.

Si, valor.

Gertrudis.

¿ A vista de lo que pasa ?

Ricardo.

Que pasa ni almendro. Cuesto no sinifica rien.

Melitona.

¡Como no!

Ricardo.

Rien: estar una familla que tiene gusto por la mascarada.

Melitona.

Pues bien, si se ha de casar con don Ricardo, que se den las manos al momonto.

Ricardo.

Oporavante convien decir un poco sobre la dote.

Enrique.

Nada de eso don Ricardo; no hay necesidad; le conocemos á usted muy bien

Ricardo.

Si, me la formalitá estar siempre la formalitá; yo soy de aviso que hablemos.

Jorge.

Pues bien hable usted.

Ricardo.

¡Oh non! Osté.

Jorge.

Usted, usted.

Ricardo.

Osté, osté.

Jorge.

A mi no me toca.

Ricardo.

A osté toca, si, á mi toca non.

Jorge.

¿Pero hombre, tiene usted mas que decir yo doto a mi esposa en tanto?

Ricardo.

Mi non dotar; osté dotar su hica in tanto.

Jorge.

Yo no tengo dote que darla.

Ricardo

Pero su hica tiene un tio que li dá una dote mucha fuerte.

Jorge.

¿Qué tio?

Ricardo.

Un tio negociante?

Jorge.

¿Mi hermano el mercader de Barcelona? A buena parte vá usted. En su vida ha dado, ni trocado, ni fiado, ni prometido nada á nadie sin el beneplácito del diez por ciento.

Ricardo.

Alon, soy bien enfadado de renunciar á la mia felicita, me yo non mi puede casar con Juli.

se case con mi hija.

Enrique.

Lo haria con mucho gusto; pero hay un pequeño inconveniente.

Melitona.

¿Cual es?

Enrique.

Que soy casado.

Juliana.

¡Enrique, es posible!

Enrique.

No me culpe usted, Julianita; mi intencion ha sido casar á usted con un cuñado mio qne la adora y que merece su amor.

Juliana.

¿Quién es?

Enrique.

Aquí está.

Juliana.

Jesus, don Lucas! Ya está todo entendido.

Lucas.

Y yo tambi n tengo otro inconveniente.

Casimira.

Me alegro. (1)

---

(1) Aparte.

Jorge.

¡Como no!

Ricardo.

Por que yo no poder mantener á la mi esposa.

Jorge.

¿Pues no tiene usted su empleo?

Ricardo.

¿Mi empleo? é cuá?

Jorge.

Su empleo de coronel.

Ricardo.

Mi no ser propiamente colonel; mi seguir una carrera sientifica.

Melitona.

¿Pues qué es usted?

Ricardo.

Mi ser atacado á la farmacia de la grantarmé prusiana.

Melitona.

¿Y qué es eso?

Enrique.

Lo que se llamaria gansamente en español mancebo de boticario.

Jorge.

Tomate esa y vuelve por otra.

Melitona.

Pues amigo en ese caso usted será el que

Enrique.

¿Cual incónveniente?

Lucas.

Que hoy mismo me avisan de Granada que he perdido un pleito muy importante, y de consiguiente he quedado reducido á mi corto vínculo. Sin embargo, si Julianita se contenta con él ..

Casimira.

¿Le gusta á usted aun vestida de ranchero?

Lucas.

Mas que usted vestida de diosa.

Enrique.

Julianita, mi hermano ha perdido el pleito; pero yo tengo hacienda para él y para mi; y por de contado el dote de usted corre por mi cuenta.

Juliana.

¡Hombre generoso!

Melitona.

¡Hijo de mi alma!

Jorge.

¿De veras, señor, de veras? Yo le arreglaré a usted su archivo?

Casimira.

¡Pero que haya de ser tan afortunada!

Gertrudis.

La dicha de la fea.

Bernarda.

Eso si, mas que un demoñejo.

Enrique.

¿Con qué por fin, consiente usted en premiar el cariño de mi hermano?

Juliana.

¿Como le he de reusar yo á usted nada.

Lucas.

¡Ay Julianita, al fin es usted mia.

ESCENA XV.

Dichos y Gabriela.

Gabriela.

¿Puedo yo entrar ya?

Jorge.

Esta picara es la que nos ha embromado á todos.

Gabriela.

¿Y pueden ustedes quejarse?

Juliana.

Yo no; antes bien te doy las gracias.

Melitona.

Y yo y todo.

Jorge

Y yo. ¿ Don Ricardo, sabe usted lo que podia usted hacer ?

Ricardo.

¿ Cua ?

Jorge.

Casarse con mi sobrina Gertrudis, que tiene quince reales de pension

Ricardo.

¿ Quince riales? ¿ Tres francos y sesenta y quince centimos? Alon, yo estoy dispuesto, mi quiere entrar en la familla.

Gertrudis.

Yo tambien soy gustosa.

Enrique.

Vamos pues á preparar los desposorios, y disponer una buena merienda para esta noche.

Juliana.

¿ Señorita, ha quedado usted aficionada á las novelas ?

Juliana.

Ya me van pareciendo mejor las realidades.

Enrique.

Crea usted que mas vale merendar juntos, que arrojarse de la Peña de los enamorados.


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm